

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica

1934

Sábado 11 de Agosto

Núm. 6

Año XVI. No. 694

SUMARIO

Cerca de Georges Duhamel.....
Los franceses y los yanquis.....
Ahora tendremos una constitución "sin rabo", pero seguiremos sometidos al imperialismo yanqui.....
La Enmienda Platt no importa.....
Provincianismo americano.....
Poesías.....
En torno a "La Comarca de Dios".....

Ventura García Calderón
R. Blanco-Fombona

Juan Marinello
Juan Marinello
Camilo Barcia Trelles
Sergio Núñez
Baldomero Sanín Cano

Dos instantes de la vida de Othón.....
Idilio salvaje.....
De un itinerario calculado y de mal agüero.....
La guerra no ha cesado aún.....
La toma de posesión.....
La novela mexicana "La Virgen de los Cristeros".....
Acerca de Chirico.....

Jesús Zavala
Manuel José Othón
Juan del Camino
Alfredo Kerr
José Pijoán
Alfredo L. Palacios
Waldemar George

Cerca de Georges Duhamel

por VENTURA GARCIA CALDERON

= De La Prensa. Buenos Aires, R. A. =

L'aime les fables. Que serait ma vie sans fables? Je marche au milieu des fables.

GEORGES DUHAMEL

"Por todas partes los poetas, los novelistas devienen sociólogos. Pierden el gusto puro y gratuito de contar, simplemente contar: "Había una vez un rey". Empiezan a preocuparse de la organización social y de los regímenes políticos. ¿Cuál era, me pregunto, la organización política en los tiempos de Anacreonte?"

Quien así me escribe su donoso diagnóstico de la literatura actual es Ribeiro Couto, el magnífico novelista del Brasil, en una de sus cartas íntimas. El autor de "Cabocla", perfecto idilio campesino, el cuentista de "La casa del gato gris", que tiene tan cercano parentesco con Catalina Mansfield, ha denunciado burla burlando el sarampión de la novela contemporánea en todas partes. Cuando ese pince-sans-rire de Stendhal quiso inscribir en sus tarjetas "observador del corazón humano", ignoraba el alcance tremendo de su hallazgo humorístico.

Contar por contar, dejar a Clavileño las riendas sueltas, acurrucarse en el maravilloso tapiz de "Las mil y una noches", que nos lleve de estampida a visitar las regiones de lo imposible, ser otra vez el niño candoroso que escuchaba de labios de la mulata la historia de Blancaflor perseguida por el rey, su padre, a través de la floresta de encantamiento, ¡qué cosa tan fuera de moda!

La moda, caprichosa como el Diablo Cojuelo, impone hoy por hoy la historia de una generación en "novelas ríos" que duran doce volúmenes, si la paciencia del lector va tan lejos. Ningún narrador de fábulas se contenta con serlo exclusivamente. El título y la calidad de historiador, de clínico, de sociólogo le parecen más dignos de su importancia terrestre. Aquel abuelo nuestro semijular, semibufón, casi pícaro, mentiroso andariego y Eneas venido a menos (cuyos descendientes se alquilan todavía en Provenza y en España para contar his-



Georges Duhamel

Los franceses y los yanquis

= De La Voz. Madrid =

El escritor francés M. Georges Duhamel es también médico. Sirvió como tal en los hospitales de su país durante la guerra; vió, pues, de cerca las víctimas del deber y de la metralla. Con sus recuerdos y sus notas escribió una obra dramática e interesante: "Los mártires".

Ahora el señor Duhamel ha estado en Barcelona y ha dado una conferencia: "Les secrets de la langue française".

Título ambicioso, abrumó la modesta charla del señor Duhamel. El señor Duhamel es muy superior a su conferencia. Los que no lo conozcan sino por ella no lo conocen.

Precisamente estoy leyendo en estos días sus "Escenas de la vida futura", sobre y aun

(Pasa a la página siguiente)

torias de aparecidos o de ladrones) se les antoja un pariente poco recomendable a esos burgueses de la novela. Sí, tiene razón el delicioso Ariel de Río de Janeiro: pasó la moda del urdidor de divinas mentiras, del amigo de Jerezarda la pariera que dejaba correr su imaginación irrestañable hasta que el sultán amaneciera dormido. Esa naturalidad, esa espontaneidad es precisamente lo que está haciendo falta en el mundo. Y oportuno parece, para medir los fueros del novelista, repetir las ingeniosas palabras de Dumas, cuando Lamartine publicó su "Historia de los girondinos": "Ha elevado la historia a la altura de la novela", dijo el insigne mulato.

Nos vienen estas reflexiones a la mente leyendo un librito primoroso que acaba de publicar Duhamel (al mismo tiempo que su nueva novela y que dos obras más) como si quisiera darnos en él su clave de sueños. "Remarques sur les mémoires imaginaires" se llama aquel ensayo oportunísimo. Tal vez por su constante inmersión en la fábula de la vida su autor irradia simpatía y conserva la seducción de los niños. Como Stendhal en su tiempo, Duhamel es uno de los raros hombres que pudieran jactarse—si admitiéramos en él jactancia alguna—de ser un escritor natural. Por eso todo le interesa: ora las aventuras excepcionales, ora los destinos mínimos y oscuros como el de su personaje Salavin, empleado de comercio, o el de los soldados que él observó de tan cerca, revestidos de su mortaja de lodo y sangre, en las ambulancias de la guerra. Ni bajo el fragor de la metralla elevó el tono de la voz. Tal vez su flauta doméstica le sirve, como al orador antiguo, para nunca subir el diapasón verbal. Conciertan aquí lo moral y lo físico. Catadura de buen gigante normando con ojos de cirujano avezado a la llaga terrestre y manos prontas a desceñir vendas para apaciguar la eterna punzada de Lázaro. A su rostro afeitado y sus gafas que concentran la atenta mirada deben de sentarles bien el gorro y la venda de sus cole-

gas cuando llegan a la mesa de operaciones. Habla con pausada precipitación, si así puede decirse, con una facundia que vacila en el borde mismo de la palabra para tirarla al cesto si es preciso y tomar en la mesa otro más límpido instrumento de acero. No quiere ir allende ni aquende de lo que él considera la verdad. Escribir es pesar y medir; él habla como escribe. Su vida familiar transcurre clara, rumorosa y constante en su transfusión de miel, exactamente como una colmena. En cada libro suyo un panal se colma y va a llevar su dulzura lejos. En toda Europa tiene amigos íntimos. No creo que nadie pueda ser adversario suyo, o serlo, al menos, con razonado encono. Para muchas almas desorbitadas del mundo es ya la antena de París y aquí mismo son muchos los colegas suyos que se preguntan cuando un acontecimiento extraordinario sobreviene: "¿Qué piensa Duhamel?"

Duhamel no siempre está de acuerdo con el universo donde nos ha tocado vivir. Se le consideró extremista porque el dolor terrestre y su profesión de médico le inclinaban del lado de la santa canalla. El precipitado, el insano vivir actual, el americanismo fotogénico, la vida que chamusca los cabellos sin excusa palmaria, todo el rumor de Nínive y de gehena que sube al cielo en las noches de Nueva York, le parecen una malaria del siglo, una nueva fiebre del viejo Lázaro en su eterna leprosería y en *La Prensa* he contado las reacciones provocadas por un libro suyo, "Escenas de la vida futura", en que no sólo ensayó la feroz y urticante caricatura de Yanquilandia si no del mundo entero de la post-guerra.

Esté seguro, mi querido Ribeiro Couto, de que Duhamel no perderá jamás ese gusto puro y gratuito de contar, que tan certeramente define usted. En el lindo ensayo que comento delimita la misión del novelista cuando la sitúa a medio camino de la verdad. "Poesía y realidad", llamaba asimismo Goethe a sus memorias. ¿Cómo debe proceder el autor de novelas? Duhamel tiene horror de teorizar, pero su ejemplo y su palabra están ahí para explicarnos que la malla sutil del novelador es inconsútil en el verdadero sentido de la palabra. Sale de nosotros mismos, del redañó como una tela de araña esa imagen del mundo que se colora y se tornasola según los declives de la luz. Son así nuestros relatos como una variedad de memorias imaginarias de las vidas que hubiésemos querido vivir, puesto que tan sólo vivimos una sola. Raíces nuestras son los libros de ficción, raíces desconocidas y escapadas del misterio del árbol, casi a despecho suyo, para buscar su aventura profunda en la carne terrestre.

Indudablemente, con los años la fantasía sin lastre nos apasiona menos y muchos quilates de verdad exigimos de toda buena amalgama. Poco a poco—

observa Duhamel—se ensancha en nosotros la afición al "hecho puro", a la anécdota vivida, al *fait-divers*. Sin embargo, sería ingenuo suponer que éste pudo suplantar a la imaginación creadora de vida. André Gide, que fundó en 1926 en la "Nouvelle Revue Française" una sección para acoger y comentar el *fait-divers* o sea el acontecimiento más notorio de la gaceta diaria—robos, adulterios, asesinatos—no prolongó su intento porque la verdad desprovista de artificio, casi desnuda y sin retoques, la "tajada de carne cruda" que anhelaba su bizantinismo fatigado de literaturas, no la pudo encontrar en ese inventario cotidiano de la vida de una ciudad.

Los franceses y los yanquis...

(Viene de la página anterior)

contra los Estados Unidos. El señor Duhamel, como Pécuchet, el héroe necio de Flaubert, se siente pesimista, ve el porvenir en negro y supone que el mundo va a yanquizarse por completo. ("Americanizarse", dicen Pécuchet y el señor Duhamel).

Lo que ha visto en los Estados Unidos el autor, le parece a éste que será lo que va a ocurrir pronto en todas partes por el triunfo de las ideas, de la política, del dinero, de las costumbres y de los métodos de Yanquilandia. Así, pues, llama a las escenas que ha presenciado "Escenas de la vida futura". Estas escenas, en realidad, son suficientes para entristecer el alma de un español, de un italiano, de un francés, nativos de pueblos que han creado principalmente la cultura de Europa, que han difundido esta cultura por otros continentes y que mantienen viva la noble tradición espiritual de Grecia y de Roma.

Francia ha visto casi siempre con ojos serviles hacia los Estados Unidos. De ahí que la visión francesa de aquel país haya sido hasta ahora adrede lisonjera. Como los Estados Unidos le han pagado con la mala moneda del desdén, y aun con otras monedas peores—la amenaza inclusive—, Francia, después de haber buscado en política, sin encontrarlos, todos los acuerdos posibles, reacciona tanto en política como en literatura; Briand, entre los hombres de Estado, y Duhamel, entre los hombres de letras, sacan buena la afirmación. Porque nadie supondrá que el proyecto de Briand sobre los Estados Unidos de Europa fuese un ramo de flores ofrecido a Yanquilandia. Era en efecto, una reacción contra la influencia roja de la Rusia soviética, por una parte, y por otra parte, contra la dictadura económica que los Estados Unidos ejercen en Europa.

Duhamel, en sus "Escenas de la vida futura", ve a los Estados Unidos como son, y trata de ellos con pluma veraz. Lo más importante de su obra es la reacción de su temperamento y su espíritu ante el maquinismo y la vida estandarizada de los Estados Unidos.

Las reacciones de su temperamento son leales y no fingidas. No ha ido a entusiasmarse deliberadamente con los "cines", los Fords, los "rascacielos" y las gramolas. Las almas en serie le repugnan. Babbit no encuentra piedad en la pluma de Duhamel, y sale del objetivo tal como es: con su redonda cara afeitada, su traje de confección, su actividad de "business man", sus distracciones cinematográficas, sin más reposo favorito para el ajeteo mercantil que el sano

La vida es incoherencia, desorden, repetición de un mismo asunto. Requiere siempre la mano del artista para coordinar sus fragmentos, enmendar, escoger, eliminar. Duhamel nos refiere con su ironía bonachona el caso de aquel autor de antologías que pretendió seleccionar en la obra del novelista el relato más cercano a la realidad, más ajeno a todo "arreglo" literario, directo y casi fotográfico... pero se equivocó tomando precisamente en los libros de guerra de Duhamel un cuento imaginado.

Y es que como éste dice, "hay que recoger lo eterno en el polvo". Hay que tomar el residuo de oro de la ceniza im-

y alegre fútbol o el contundente boxeo, sin más derivativo espiritual que los detectivescos novelones de aventuras, los truculentos periódicos noticiosos y las homilias del pastor.

Duhamel coincide, sin proponérselo, y aun quizá ignorándolo, con cuando venimos escribiendo y diciendo de los Estados Unidos los latinoamericanos, desde el uruguayo J. E. Rodó hasta el brasileño Eduardo Prado y desde el mejicano Pereyra hasta yo mismo. También pudieran citarse nombres españoles, desde Ganivet hasta Camilo Barcia.

Coincide en lo esencial, naturalmente. En advertir que el individualismo repugna al espíritu gregario de la comunidad estadounidense; en considerar excesiva la acción que ejerce allí el Estado sobre la persona humana; en comprender abominable el imperio del mecanicismo sobre las potencias, gracias y libertades del espíritu. No descendamos a la política ni a las costumbres. El acuerdo se acentuaría aun más.

Tanto Duhamel como nosotros—españoles e hispanoamericanos—pertenece a razas más idealistas que la yanqui, y en el fondo, mucho más cultas y con mayores exigencias de espíritu; tenemos idea más noble de la personalidad humana y somos de otra formación mental. ¿Qué mucho que no nos deslumbrase la civilización maquinista ni nos seduzca el espectáculo, no ya del Estado sobre el individuo, sino del individuo anulado en absoluto por el Estado?

Precisamente pensamos lo contrario: pensamos que hay que salvar el alma individual, no en el sentido de las religiones, sino en el sentido de concederle lo que es suyo: el derecho a ser cada vez más ella misma y cada vez mejor.

Lo injusto o deficiente del socialismo, por lo menos, en apariencia, es eso: que el hombre, entidad sublime y distinta, desaparece convertido en masa. Lo absurdo del socialismo es su odio al intelectual. No; el hombre, por lo menos el hombre logrado, el hombre superior, no puede ni debe transformarse en cifra. El alma de Vinci, de Goethe, no es un guarismo. Un pueblo entero se salva porque produce pocas docenas de individuos; y la civilización mecánica está muy bien en un puesto secundario, sin pretender anular al hombre, y siempre que no atente contra el espíritu.

No hay que olvidar que mil Edisons no valen un Platón, y que los más altos rascacielos desaparecen—viles motas de polvo—ante el sermón de la montaña.

R. Blanco - Fombona

palpable y disipable de los días. "El gran acontecimiento humano más próximo a nosotros, la guerra, el gran acontecimiento al cual estuvieron mezclados millones de hombres aun vivientes, nadie lo comprende ya".

La memoria humana lo deforma todo y tal vez es bueno que sea así. La memoria suele ser un gran poeta que desdén lo exactamente vivido para acoger en su sagrario una realidad transfigurada. Esa deformación involuntaria es la materia del lírico, del novelista, del hombre a secas, toda empapada de fábulas. "Una cosa natural vista en un gran espejo", dijo de la vida el gran Leonardo. Sería mejor decir una cosa natural vista en rotos espejos ahumados hasta que de los precarios fragmentos surja una superverdad que remiende y mejore la mera realidad hecha pedazos. Pero el ajuste ha de llevarse a cabo sin que el artista se dé cuenta exacta, en esa recámara oscura de lo subconsciente situada en la zona fronteriza que separa el sueño de la vigilia...

Cuando Duhamel me enviaba esos libros tan llenos de "sumisión al objeto", como dicen los críticos de arte, no habían ocurrido aún las trágicas veladas cuyo comentario sigue siendo en Francia tema exclusivo y el cuento de nunca acabar. Asistimos acaso al comienzo de una nueva era francesa, pues sólo perdura en la historia lo que se ha rubricado con sangre. Y la noche del Seis de Febrero, que ya se escribe con mayúscula, recuerda tantas otras de este pueblo justiciero y vehemente que revoca en horas de arrebató a sus delegados prevaricadores, dispuesto a colgarlos de un farol.

Aquella noche, el rumor de la plaza pública recordada exactamente el despezo del león. ¿Cómo irá a rugir? Los "castigos" de Francia, en el lírico y amplio sentido que diera Víctor Hugo a la palabra, son lentos como la justicia de Dios, pero súbitos como los encrespamientos del Océano. Los editores anuncian ya relatos de jóvenes testigos sobre la fecha histórica, pero nos repetiremos al leerlos lo enunciado más arriba por Duhamel sobre la verdad jurídica y la verdad poética; compararemos afanosamente los múltiples textos para indagar a través de las confusas versiones del motín la verdad del hombre francés, su indignación, su dolor y su cólera. Tal vez un día sepamos lo más exacto leyendo a un gran poeta; tal vez, perdido en la muchedumbre y delirante de ira, estuvo allí un Víctor Hugo desconocido, junto a los encabritados caballos de Marly que son montura lírica. Para hablar condignamente de aquella efervescencia noble, con su vanguardia de ex-combatientes sin armas, hace falta que en el molde del alejandrino magistral se enfríe y tome forma el derrame de bronce.

Si carecemos por el momento de la versión del poeta, quiero, por lo menos,

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

dejar aquí constancia de las palabras de un "acuerdo de los días ordinarios", como llamó Maeterlinck a Emerson. Poco después del seis de febrero, estamos sentados a la mesa de Duhamel hasta doce personas. Todos escritores, todos franceses, menos yo. Y no he de cometer la infidencia de referir detalladamente los diálogos corteses pero contradictorios y apasionados en que unos y otros—lo mismo que la Francia actual—poníamos en tela de juicio el número de víctimas, la iniciativa del motín, la orden de fuego y la existencia de esas ametralladoras que unos han visto y otros niegan acaloradamente. ¡Ah, lo que no puede negarse son los muertos!

El champaña rebosaba en las copas y una amarga espuma en los corazones. Ambiente de guerra civil; reciente olor de pólvora. Algún colega me confesaba su decepción al ver que su serena Francia dejaba de serlo y yo le aseguraba, con sudamericana jactancia, que habiendo vivido mi niñez entre rumor de patrullas y chisporroteos de revólveres, no me intimidaban las revoluciones ni me parecía censurable su escuela de libertad. Esa efervescente Roma clásica que ha inspirado durante un siglo a todas nuestras repúblicas de América, esa Roma tan desordenada y tan jurista, perita en crear leyes y en destruirlas, no es mal ejemplo para nosotros, latinos individualistas que pretendemos conciliar la autoridad con la libertad, necesarias ambas si no se quiere que nuestros pueblos se asfixien. Se muere de despotismo como se muere de anarquía. **In medio stat virtus**, decía ya la cordura del Lacio. ¿Optaremos por Catilina, por Cicerón o por César que hizo contemporáneos un destino irónico? ¿A quién hemos de escoger entre el aventurero de la política, el jurista marrullero y el ambicioso genial y desenfrenado? ¿Le espetaremos al pueblo sufridor e ignorante los grandes adjetivos que coloran su pena sin aliviarla? ¿Debe ser la política, como el arte de los retores en Grecia,

una trampa de incautos y la explotación indefinida de la esperanza?

Estas y otras inquietudes mentales acerca de la hora que pasa se cernían sobre aquella conversación apasionada. Entonces el ex-vanguardista, el libertario de ayer, el cuerdo de siempre, Georges Duhamel en suma, nos dijo las palabras del samaritano ejemplar que tiene cura de almas:

—Aun cuando no ejerzo ya la medicina, continuo mirando el mundo con ojos de piadoso médico. Si hubiera de recetar un tratamiento para esta Francia que acaba de sangrar, pediría a todos y a cada uno de vosotros algo como una tregua de Dios. Que la pasión, legítima siempre y culpable también, acalle por seis meses su peligroso tumulto en el ágora. No toda libertad es elogiable ni toda represión legitimada. Excelente resorte de los hombres, la pasión puede dar al traste con los pueblos. El amigo de Europa que siempre fuí no puede olvidar el interés vital de Francia como también que ella le hace falta al mundo. No requiere la convaleciente sino silencio de un semestre para rehacer la normalidad respiratoria y los glóbulos rojos. Seamos cuerdos mientras otros pueblos deliberan con la cabeza de Medusa en la mano como la estatua insigne de Benvenuto... No podré olvidar jamás aquella extraña dolencia que tantas veces me dejó estupefacto en las ambulancias de la guerra. Nos llegaban heridos del vecino campo de batalla, felices de haber escapado a la matanza. "¡Ah, doctor—exclamaban jubilosamente—, se acabó la pesadilla!" Entonces, incontinenti, caían al suelo, muertos. Un gas deletéreo y el calor de la reciente explosión los habían quemado por dentro sin que sintieran dolor alguno ni se percataran de su fatal e inmediato destino...

¿Fueron éstas las textuales palabras del Justo?

En todo caso, de su sentido exacto doy fe. Cuando resonó este llamamiento a la concordia (que no está en la plaza del mismo nombre) guardamos todos silencio. Pero no olvidaremos la receta del doctor Duhamel.

EN BUENOS AIRES, Rep. Argentina, pue- de Ud. solicitar el *Repertorio Americano*, al editor Manuel Gleizer. (Santa Fe 1983).

Ahora tendremos una constitución "sin rabo", pero seguiremos sometidos al imperialismo yanqui

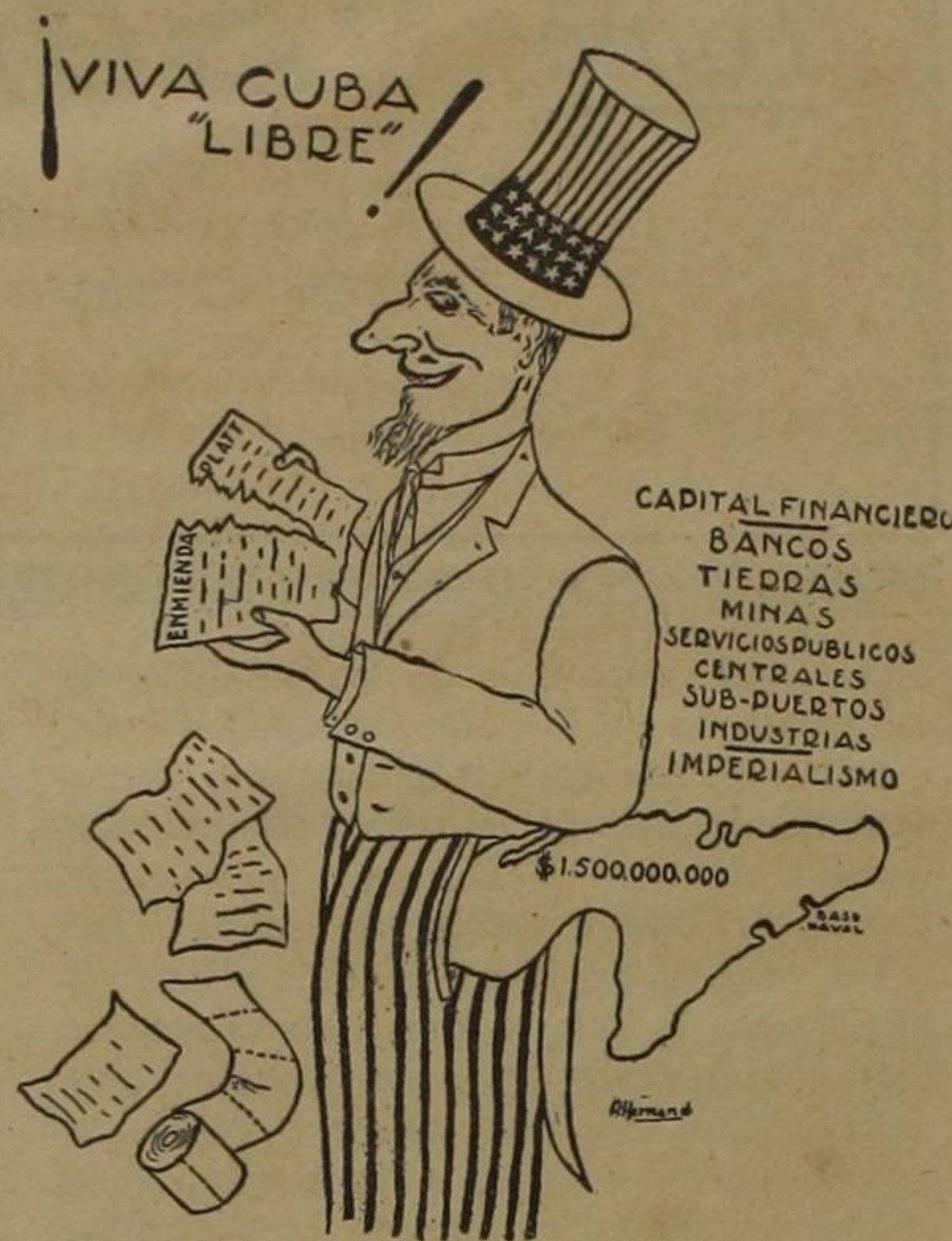
Por JUAN MARINELLO

= Envío de J. del C. =

Nada significa para Cuba, en ningún sentido, la derogación de la Enmienda Platt. Más aún, esta operación de apendicitis supurada puede sembrar en ciertas masas retrasadas,—esas que se emocionan ante el jipi de Mendieta y el himno del A. B. C.—una ilusión perjudicial: la de que empezamos a ser verdaderamente libres. La Enmienda no ha sido sino un síntoma de la supeditación económica y política de Cuba a los Estados Unidos. Esa supeditación no sólo se mantiene sino que se agrava por días. ¿Qué importa que ahora deje de expresarse en la Carta Constitucional que Washington tiene derecho a intervenir en nuestras cosas? Los millones invertidos en nuestras tierras, en nuestras industrias, en nuestro comercio, seguirán reclamando enérgicamente igual defensa que hasta ahora. Nuestra realidad seguirá moldeada al mandato de Wall Street. Caffery y Batista,—amo y ejecutor,—seguirán decidiendo de nuestros destinos. Los gobiernos cubanos, como hasta ahora, seguirán siendo peles parlanchines atentos a "no pelearse con el americano".

No puedo creer en la sinceridad del júbilo oficial. Quiero hacer esa justicia a los gobernantes actuales. Si esa alegría bullanguera que han echado a andar es hondamente sentida, hay que declarar que estamos regidos por hombres de mentalidad elemental. Porque es inconcebible suponer que a estas alturas del proceso imperialista yanqui, haya quienes imaginen que la constancia legal de la posibilidad de agresión interviene en algún modo para que la agresión se realice. ¿Es que han invocado los norteamericanos alguna Enmienda en Haití, en Nicaragua, en Santo Domingo? ¿Y no han realizado en esos países las más depredatorias incursiones? Hay que creer que los actuales detentadores del poder, los más listos de ellos, al menos, pretenden utilizar el hecho irrelevante de la derogación para sentar plaza de libertadores. Hay entre nosotros aun, desdichadamente, buena cantidad de gentes que creen que la expresión legal, constitucional, tiene valor de cosa sustantiva. En esas gentes puede todavía apoyarse,—piensan abecedarios y nacionalistas,—la actual construcción estatal de Cuba.

La Enmienda Platt ha sido buena muestra de un momento imperialista norteamericano, ya superado: el momento caracterizado por las ocupaciones territoriales y los desembarcos bélicos. Ahora, sin dejar de usar los barcos cuando el caso llega, acude el imperialismo a más delicadas y eficaces estrategias. Lo importante es que quien administra



¡Sinceridad de "buen vecino"!

(De *Polémica*. La Habana.)

La Enmienda Platt no importa

Por JUAN MARINELLO

= De *Bohemia*. La Habana. =

Tiene la Enmienda Platt, innegablemente, su mitología. La Enmienda es nuestra salvación, gritan todavía viejos auténticos. ¿Qué sería de nosotros sin ella?—añaden. La Enmienda es la causa verdadera de nuestro desastre nacional, aseguran jóvenes letrados, de esos de espíritu estrechamente universitario, hijos espirituales de Sánchez de Bustamante o de Hernández Cartaya, para los que la ley escrita tiene significación sustancial y vida autónoma. Y, la verdad es que, ni la Enmienda Platt nos ha perdido, ni tiene virtud para salvarnos. El famoso apéndice es cosa que no importa ni poco ni mucho en el caso colonial de Cuba. No estuvo mal que cuando fué impuesta a nuestros mansos constituyentes de 1901 se debatiera sobre las excelencias o peligros de la Enmienda. Estuvo bien entonces el debate porque no se había aclarado hasta el punto necesario la verdadera acción del capital financiero yanqui en las tierras del Sur del Continente, ni se sabía, como se sabe ahora, que el imperialismo es un fenómeno económico de absoluta forzosidad, de ineludible fatalidad, cuya fuerza está por encima de acuerdos internacionales. Discutir ahora si la Enmienda Platt ayuda o estorba a nuestra tierra es, además de imperdonable anacronismo, un modo demagógico de distraer la atención popular de los aspectos verdadera-

(Pasa a la página siguiente)

la finca lejana cumpla bien el mandato del propietario. Esto puede lograrse sin el robo ostentoso de territorios,—con el robo legalizado de la compra a precio ínfimo basta,—y sin fuentes legales que autoricen el desembarco. La propia fuerza del dinero hábilmente dirigida es bastante. Cuando el pueblo quiera deshacerse de esa fuerza vendrá la escuadra. ¿Porque una Enmienda lo permite? No. Porque el "sagrado" derecho de propiedad y la licitud de la inversión lo obligan así.

Es interesante advertir este fenómeno: cuando en las tierras coloniales la dura y agresiva realidad dice a gritos que la posibilidad democrática es imposible, los que viven de los residuos del liberalismo y de la democracia, es decir, los que viven del pasado, ponen un empeño patético en reanimar en los adormecidos o ciegos la ilusión de que somos precisamente lo que la Constitución consigna. El caso presente es de muy jugosa utilización, para los políticos ambiciosos de todos los bandos. Ahora que no nos espía el tutor,—dicen ya los politiqueros nuevos y viejos,—hagamos una constitución cubana, que cristalice nuestros intereses patrióticos fundamentales. Ya lo podemos hacer. La apendicitis se ha realizado felizmente. La salud plena ha llegado.

¿Y quiénes van a construir esa nueva Constitución "cubana"?

Los mismos sectores que fabricaron la de 1901, los delegados del privilegio económico, de un privilegio que ha de ser por fuerza en toda colonia concesión del dueño y ordenador extranjero. Ahora tendremos una constitución "sin rabo", pero en la que quede amablemente canalizada una acción imperialista que ya la Enmienda declaraba con demasiada claridad. Ahora "seremos libres ante las naciones libres" y ante los tontos que van a buscar la libertad a la Constitución. Y seguiremos siendo esclavos de un poder extraño y poderoso que afirma todo su interés en volvernos proletarios de salario miserable.

Pero, es que, además, no conocemos todavía el texto del Tratado que sustituye a la Enmienda. Quizás sea peor que ella. Sabemos, eso sí, que las concesiones territoriales y estratégicas siguen en pie. Y que los gobernantes de Washington declaran "que la derogación de la Enmienda no quiere decir que abandonen la vigilancia de "nuestros movimientos sociales". Esto es de un encantador cinismo. No hay ahora problema de los llamados políticos que no luzca raíz social. Y en el caso cubano, especialmente, "ningún beneficio

cierto puede venirnos sino por el camino de una revolución social". Y si nuestro grave mal, nuestro peso mortal, es la obra del capitalismo financiero estadounidense, no hay que decir que cualquier "movimiento social" que se produzca en la isla ha de herir el interés de los "vigilantes". Lo que quiere decir, en pocas palabras, que los Estados Unidos estarán atentos a que no podamos realizar el cambio social del que ha de resultar nuestra liberación verdadera. Y esa vigilancia no va a montarse para facilitarnos una vía que es la peor para el vigilante. Nunca ha quedado expresada de modo tal palmario la oposición radical entre los fines metropolitanos y los coloniales.

Esta derogación es, en mi opinar, una saludable lección para nuestras masas laboriosas, las únicas profundamente unidas a nuestro destino histórico. Gran lección porque prueba cómo un gobier-

no representante del capitalismo criollo, aliado consecuente del extranjero, sólo puede producir esta deliciosa especie de "liberaciones" legales. Liberaciones realizadas diplomáticamente, de acuerdo con el verdugo. ¡Si es cosa de reirse una temporada! Es como pedirle al asesino que nos siga matando, pero sin lucir tanto el cuchillo homicida. Estas "liberaciones", que no afectan la servidumbre horrible del cubano en el campo y en la fábrica, dicen, además, cómo sólo las capas sufridoras de la esclavitud pueden determinar la libertad verdadera, cómo lo importante no está en cambiar las leyes ni en suprimir artículos sino en romper esas "vigilancias" que van desde la acción diplomática hasta el envío de barcos mortíferos, en quebrantar una estructura dispuesta en contra del desposeído y en beneficio de la media docena de "vigilantes delegados", criollos de birrete y charreteras.

pueblo, a toda prisa, la sensación de que rompemos las cadenas yanquis, de que llegamos a la mayoría de edad y nos decidimos a andar sin tutorías molestas y denigrantes. ¡Fuera la Enmienda Platt...!

Es muy probable que la Enmienda Platt desaparezca. Con ello los gobiernos falsamente anti-imperialistas, como el que Cuba padece ahora, llevan a cierta masa sin luz la impresión de una verdadera obra libertadora; los gobiernos falsamente anti-capitalistas como el de Roosevelt, ofrecen el espectáculo de una "magnanimidad" inusitada. Y las cosas siguen en igual estado. No tiene ya el vecino poderoso el articulado de que echar mano para los momentos agudos, pero tiene los barcos, que es lo importante. No han existido nunca Enmiendas en Nicaragua, ni en Haití, ni en México y allí han ido los soldados de U. S. A. cuantas veces ha interesado al tutor. Mañana llegarán a La Habana y a Santiago con las armas dispuestas al disparo sin Enmiendas que lo autoricen.

Quede aclarado de una vez por todas que este propósito de suprimir la Enmienda es parte de la política de Roosevelt por "libertar" a los pueblos "amigos" del Continente. Roosevelt y sus inteligentes consejeros advierten hasta dónde los pueblos sureños han penetrado la esencia de su dominio y organizan una serie de movimientos tácticos para crear la ilusión de que las cosas cambian, de que el mundo va a entrar en una era de justicia. Los pueblos, las masas no cómplices, deben ver claro en el fondo de la nueva maniobra imperialista. Nada significa que caigan tratados ni se modifiquen textos legales. Lo importante es que cambie la realidad económica de la que nacen leyes y convenios. No viene el acorazado norteamericano a Cuba porque una ley lo admita, sino porque la tierra laborable y la industria y buena parte del comercio son del dueño del acorazado. No viene el barco a mejorar la situación del criollo, a "restablecer el orden", sino a alargar un orden que mantiene al trabajador de nuestros ingenios en condición esclava. A eso viene el barco yanqui con Enmienda y sin Enmienda.

En cuanto al gobierno cubano, ya sabemos que, deseoso de mantenerse en el mando aceptando una situación monstruosa de la que recibe fuerza y alimento, ve en la supresión de la Enmienda una manera de despistar y de hacer creer que se interesa de veras por nuestra liberación nacional. Mientras quiere dar esa impresión, pacta con Mr. Caffery, el hombre siniestro de las huelgas bananeras colombianas, que se hará zafra echando por tierra cuanto en heroicas luchas ha obtenido nuestro proletariado azucarero, que se mantendrán en los centrales el hambre, el trabajo agotador y la fiscalización inquisidora del Administrador yanqui. El estado de guerra—, se ha acordado—, regirá durante la zafra en los campos cubanos. ¿Se comprende el horror que esto significa? La esclavitud que la Enmienda quiso asegurar queda así cumplida por el gobierno de Grau y Batista, por el mismo Gobierno que promete echar abajo la Enmienda Platt y libertar económicamente a Cuba... El calificativo que este juego infame merece está ya en la boca del lector de este artículo.

La Enmienda Platt no importa...

(Viene de la página anterior)

mente entrañables de nuestro caso. Nunca se dirá bastante, nunca se aclarará excesivamente que la supresión de la Enmienda Platt nada significa para Cuba.

La Enmienda Platt no es más que la expresión jurídica de un profundo hecho económico y, como tenía que ser, expresión inauténtica, desnaturalizada del mismo. Cuando los gobernantes de Washington la impusieron a nuestros constituyentes intuían, presumían, la importancia que la penetración del dinero estadounidense iba a tener en nuestra isla. La obra política de nuestros "tutores" no pudo ser entonces más hábil. Impusieron un texto legal que les aseguraba, en casos excepcionales, el arreglo de nuestras querellas a su mejor gloria. Era el modo de ocultar la verdad. El "americano" vendría sólo cuando nuestras discordias lo impusieran. Mientras esto no ocurriese, seríamos totalmente libres. ¿Podía esperarse más desinteresada acción? Advuértase cómo, de la misma manera que en otras ocasiones, el capitalismo cubría con síntomas de poca monta, con síntomas negativos, la verdadera realidad antihumana que es. El pueblo norteamericano es de innegable grandeza, gritaron los cubanos todos. Seremos libres mientras nos portemos bien. Y se hizo, por boca de un gran culpable, Manuel Márquez Sterling, una frase solemne y bien entonada: "Contra la ingerencia extraña, la virtud doméstica". Seamos buenos, seamos ejemplares. Así, nuestros amigos nortefños nos dejarán vivir. A los "amigos", claro está, sólo les importaba nuestra compostura de niños bien criados para asegurar con mayor tranquilidad un poder económico casi invencible. Mientras mantuviésemos una conducta aceptable, el puñal de oro iría hundiéndose lenta y seguramente en nuestra carne indefensa. Cuando alguna travesura viniera a turbar la jugosa maniobra, el tutor haría valer la facultad "aceptada" por los cubanos, de volvernos, a golpe de rifle, a la conveniente paz

bucólica. Es decir: para los casos de travesura molesta, ahí estaba la Enmienda; para los instantes de interno sosiego estaban el derecho de propiedad y la fuerza militar para hacerlo valer. El generoso tutor había echado sus cuentas con insuperable maestría.

Han pasado más de treinta años. El poderío económico se ha afirmado a perfección. Somos ya una factoría yanqui. Pero ahora la conciencia popular no es la de 1901. Hace treinta años los barcos yanquis fueron saludados como salvadores. Ahora han sido recibidos como lo que son: como esclavizadores. Muchos sectores de la población cubana saben ya que la Enmienda no fué "la garantía de la soberanía de Cuba", sino un dogal jurídico que completaba, para los casos extremos, el escamoteo de las fuentes vitales de la isla. El yanqui, avisado y ladino como en 1901, sabe que el pueblo cubano empieza a ver claro en su grave problema y toma engañosas medidas para de nuevo ponerle vendas espesas ante los ojos. Anuncia a bombo y platillo, que será derogada la Enmienda Platt, que Cuba será,—ahora sí,—verdaderamente libre... El Gobierno de Grau y Batista habla también, fiel a su rol, de trabajar activamente para echar abajo la Enmienda. En esto—¡alerta, cubanos!—están perfectamente ensamblados los designios de Roosevelt y los de Grau. Hay que dar al

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

UN MUNDO EN CRISIS

Provincianismo americano

Por CAMILO BARCIA TRELLES

= De La Libertad. Madrid =

Bien está que todo cuanto existe en España de internacionalismo organizado exteriorice a la vez su dolor y su preocupación, engendrados por la triste realidad que lenta y progresivamente va adueñándose del Nuevo Mundo. La crisis de solidaridad porque hoy atraviesa Hispano América, si se endemiza y se amplía, puede ser fatal para las naciones del continente colombiano. Si la posibilidad de ese desenlace anulador debe preocupar a cuantos espíritus saben lo que representa el sentimiento internacional, aun ha de inquietarnos más en nuestra calidad de españoles. Por considerarlo así, va nuestro nombre unido al de quienes han redactado recientemente un documento sugiriendo a los pueblos hoy en lucha que abandonen su actual táctica fratricida. Pero sospechamos que tal invocación ha de ser ineficaz, ya que en definitiva estamos frente a síntomas de un mal hondo, y de poco servirá atacar las manifestaciones si dejamos intacta la realidad preexistente que prepara tales desenlaces sangrientos. De ahí que nuestras reflexiones de hoy persigan esta finalidad específica: ahondar en el alma de América y desentrañar cuál es el origen remoto de estos estados pasionales.

Hemos convivido con habitantes del Nuevo Mundo en sus propias tierras; convivido no de manera plena, ya que al fin y a la postre, a la vez europeos y españoles, siempre había de considerárenos como ciudadanos pertenecientes a un mundo que no es geográfico ni espiritualmente el mundo americano. Procedíamos de un viejo continente: un mundo en crisis de ancianidad; en situación epilodal. Claro que no podíamos, dada nuestra calidad, penetrar en la esencia del mundo americano. Pero ello no era obstáculo para que los habitantes de aquellas tierras trataran de explicarnos el por qué de una disparidad. Europa es un mosaico; una expresión geográfica dentro de cuyos límites conviven las más distanciadas concepciones; un conjunto de naciones de dispar psicología, incapaces de comprenderse y muy aptas para odiarse; la animadversión la preparaba una secular historia de rivalidades encendidas sin reposo; nos definíamos por contraposición; el contiguo pueblo era el enemigo, y en vigilarnos mutuamente con gesto hosco dilapidábamos nuestras energías.

América era otra cosa; contaba ante todo con un nacimiento co-incidente; medio siglo bastó para alumbrar veinte naciones; lucharon y vencieron, no nutriéndose como Europa con los despojos del derrotado, sino mandando en su propia casa. Libres e independientes, disponiendo de un porvenir ilimitado, sin

apetencias territoriales, que hacía a la vez innecesarias y monstruosas las empresas bélicas de conquista, América era la paz, en acusado contraste con Europa, que era la guerra salpicada de epistódicas treguas. No es posible entablar diálogo y menos establecer cooperación entre un mundo que nace y otro que declina. De ahí nuestro papel de desplazados en aquellas tierras americanas, donde se nos miraba tan sólo como una polvorienta reliquia del pasado. Inútil que intentásemos compensar nuestra ancianidad cronológica con un anhelo de renovación espiritual nunca satisfecha. Se nos replicaba que entre lo concebido y lo realizado media tal distancia, que ni siquiera teóricamente nos asistía el derecho de sentirnos dominados por ansia de renovación. Inútil toda réplica, tanto más inútil cuanto que dialogábamos con gentes ineptas para el diálogo, cuando el diálogo puede conducirnos a la revisión de preceptos que consideramos como indiscutibles y son en realidad meras afirmaciones.

Ahora la realidad llama a las puertas del Nuevo Mundo; la realidad triste de un continente que se desgarrar; primero en el Chaco; ahora o más tarde en Leticia. ¿Qué se había hecho de aquella mocedad tan reiteradamente invocada? ¿Qué causas, ni siquiera qué pretextos, explican esas explosiones bélicas, por nosotros condenadas genéricamente? Esta es la pregunta que nos hemos formulado, constituyendo en nosotros verdadera obsesión. Ni una sola de las causas más o menos artificiales alegadas en Europa como explicación de actividades bélicas encontrábamos en aquel Nuevo Mundo, predestinado a devenir paraíso terrenal y en realidad transformado en disperso conjunto de naciones suspicaces y vigilantes. ¿Es que no

existía posibilidad de que América, o cuando menos Hispanoamérica, articulase un organismo que, representando el sentir de todos o la mayoría de aquellos pueblos, actuase eficientemente en caso de dificultades? Se nos respondía negativamente; aducíase para justificar la repulsa lo siguiente: la soberanía. He aquí el gran mito de Hispanoamérica. Las naciones del Nuevo Mundo pretenden afirmar su soberanía por encima de todo; claro que la soberanía como negación, en cuanto poder absoluto, que muchas veces plasmaba en el orden interno en autocracia. Un continente así influido por el dogma pernicioso de la soberanía incondicionada, naturalmente había de oponerse a cuanto implicase la creación de instituciones amplias, con competencia internacional. No es nuestra deducción una consecuencia establecida de manera caprichosa; es la historia de América desde Bolívar a nuestros días; de un lado, el anhelo de articular el mundo hispánico para que una acción conjunta fuese garantía de todos; de otro, una suspicacia aldeana, prominente, específica de tribus, que imposibilitaba cualquier intento de agregación superador de la soberanía interpretada como poder sin límites. El mito de la soberanía se completaba con otro no menos tangible e igualmente pernicioso: el de la intervención.

La palabra produjo efectos mágicos; era preciso borrarla definitivamente del mapa americano. Como intervención era negación de la soberanía, mentarla equivalía a proferir una blasfemia.

Recordamos a este propósito nuestra intervención polémica en el curso de una discusión con motivo de una "Panamerican Roundtable" en la Universidad de Virginia, allá por el año de 1929. En tanto realizábamos la disección de la política norteamericana en el mar Caribe y en Centroamérica, nuestras palabras encontraban eco cordial en los hispanoamericanos que con nosotros intervenían en aquellas tareas polémicas. Pero el asentimiento caluroso se trocaba en disentimiento picudo desde el mo-

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.**RAMON RAMIREZ A.,**
Socio Gerente.

mento en que, queriendo completar nuestra tesis, incorporando a la crítica realizada el necesario ensayo constructivo, defendíamos la necesidad de que Hispano América abandonase su anárquica organización internacional. Era en vano que propugnásemos la fundación de una Sociedad de Naciones americanas, encargada de terciar pacífica y jurídicamente en cuantos asuntos internacionales se planteasen en el Nuevo Mundo; aquella propuesta parecía sospechosa, porque, al decir de mis contradictores, la intervención ha de condenarse genéricamente, tanto en su forma individual como cuando reviste fisonomía colectiva. Soberanía por encima de todo; intervención en ningún caso, ni siquiera confiada a un organismo supranacional, dentro del cual tuviesen representación igualitaria todos los pueblos de América; organismo que realizase la necesaria misión de restaurar la ley objetiva

internacional cuantas veces fuese violada. Aquella resistencia al abandono de un concepto selvático de la soberanía trajo estos frutos actuales. Dos naciones luchan en América; otras se aprestan a seguir por parecidos derroteros, y como no creemos en la posibilidad de que dos pueblos luchen manteniendo una causa igualmente justa, consideramos que actualmente las naciones americanas, debidamente subsumidas en una organización superior, pudieran evitar que la guerra constituya una realidad.

Hispanoamérica no verá eliminadas estas crisis en tanto no abandone su anacronismo internacional. La salvación sólo puede advenir si la solidaridad se abre paso. ¿Hay síntomas de una rectificación? Creemos que sí. Parece que una luz se inicia; nuestro deber de españoles es destacarla; prestarle nuestra cordial asistencia. Quede esta tarea para un próximo artículo.

¡qué dulces las citas
tras de la retama!

Oyeron los tilos,
cloquearon las ranas.
Crisantemas lilas
trajeron las hadas.

Yo estuve en tus ojos;
tus ojos en mi alma.
En vez de tus labios
la brisa fué brasa.

Tu amor es trigueño,
mi espera es el alba.
Dime que soy otro
de opulencia gualda.

Crisantema roja,
estancias doradas:
seremos eternos
como las montañas

Floridas canciones:
yo sé una balada
que azula la sangre,
y es de Scherezada.

Racimo de besos,
crisantema blanca:
nunca me abandones,
toda ensueño y savia.

Altos abedules,
ringleras de garzas,
dombos frutecidos,
quebradizas ansias,

Prodiga tu aroma,
crisantema blanca,
que el amor seguro
no tiene palabras.

DESPERTARIO

Madrugada abrilena,
azul idealidad,
como un magnate sueña
la compleja ciudad.

Incienso de ventura,
vaga modernidad,
en cima y en hondura
¡qué dulce ufanidad!

Dianas, susurros, trinos,
agreste pubertad
inunda los caminos
de la Eternidad.

Y en esta dulcedumbre
la Fe y Caridad
refuerzan la techumbre
de su hermana en edad.

Esta hermana que ha huído
hacia la realidad
y su huérfano nido
cayó de frialdad.

Esperanza, Esperanza,
descentrada beldad,
¿qué fué de tu romanza?
¿dónde está tu heredad?

Salmodia de rumores,
esquilas de piedad:
del templo en los hervores
Dios busca a la maldad.

Creación abrilena,
azul idealidad,
la dulce misa ensueña
y se abre la bondad.

Poesías

Por SERGIO NÚÑEZ

= Colaboración. — Quito, Ecuador. =

MAÑANA DE ALDEA

La angustia gris de aquesta aldea
rompe en un nuevo amanecer
hajo el conjuro milagroso
del regocijo de la fe.

Ante el portento matutino
el mundo todo es un Edén.
¡Abrid el pecho de alegría,
reíd, amad, y creed!

Cae la luna palpitante
en una occidua palidez,
cronómetro desorbitado
que en el Allá se hará entender.

Llama al rosario de la aurora
desde la torre S. Miguel.
se ha despertado el Sr. Cura
ágil de alma, ágil de pies.

Se enfervoriza el horizonte,
es una copa de Thulé,
cuyas volutas cielo y tierra
llenan de gozo y de poder.

Vienen los genios tutelares
a enderezarnos para el bien;
la venda se abre, y tras la bruma
el sembrador Jesús nos ve.

La tibiedad crepusculina
acariciante sube a El.
Con el consorcio sobrehumano
vuelve a su origen todo ser.

Ya se estremece interiormente
la colmenaria redondez;
por dentro y fuera le da vida
Sol con su beso rosicler.

En adelante el parroquiano
dará sin tasa ni desdén;
con este sol pimpollecete
brotó la vara de Jessé.

Nadie ha pecado en esta noche,
huyó el egoísmo de ayer.
Nadie abra paso en este ambiente
con su famélico interés.

Y... ¡Gloria a Dios en las alturas
y en el antro fosco también!
¡Abrid el pecho de alegría,
reíd, amad y creed!

CRISANTEMA

Arroyito claro,
mañanita blanca,
caireles de nubes
para las montañas.

La Luna en Oeste.
La noche fué larga.

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se
curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice
el distinguido Doctor Peña
Murrieta, que

**“presta grandes servicios a tra-
tamientos dirigidos severa y
científicamente”**

EN La Habana consigue el *Repertorio* con
«Cultural S. A.», Librería Cervantes. (Av.
de Italia 62).

En torno a "La Comarca de Dios"

Por BALDOMERO SANIN CANO

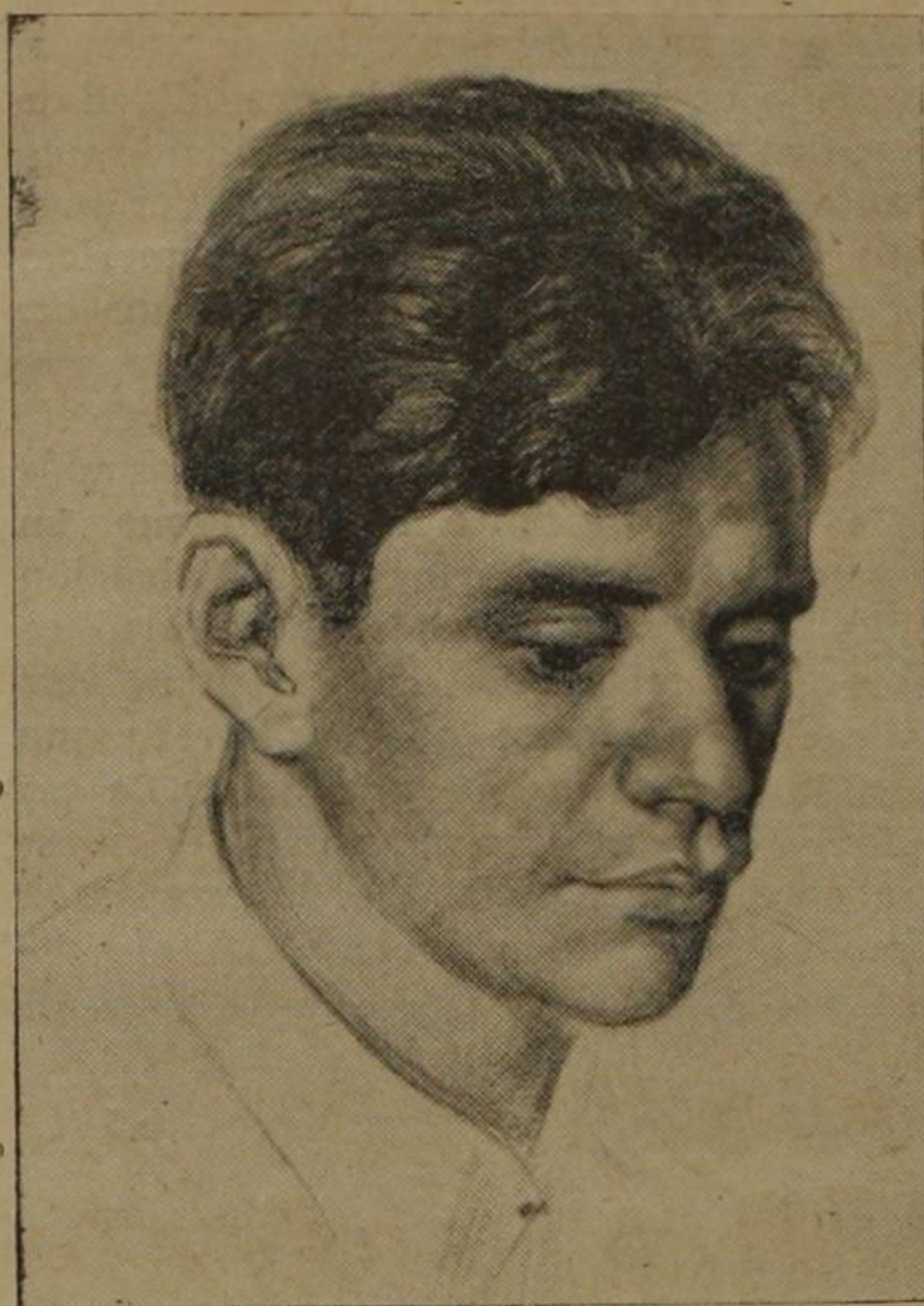
= Colaboración. — Buenos Aires, Rep. Argentina =

Al conocer Sanín Cano los originales de "La Comarca de Dios", libro de sonetos de Antonio Llanos, próximo a ser publicado, escribió esta bella y penetrante página:

La tendencia más difundida entre los jóvenes cultivadores de la poesía (y aún de las artes plásticas) se determina principalmente por una voluntad manifiesta de separarse de la naturaleza. Lo cual depende acaso de la preponderancia que en todas las regiones del arte va tomando lo inconsciente sobre las tradicionales prerrogativas de la inteligencia. Las dos tendencias se completan en un eclipse natural de la lógica y en un culto premeditado de la incoherencia. Para aquellos de nosotros ya muy avanzados en la carrera de la vida o hacia la muerte cuya formación intelectual arranca de las épocas en que Spencer, Stuart Mill, Taine, Brandes, Hettner y en una esfera de menor diámetro Faguet, Lemaitre, De Sanctis y Carducci dominaban el campo de la análisis literaria, es difícil penetrar en el análisis de la poesía contemporánea. Para lograrlo es preciso rectificar nuestro horizonte espiritual y salir de nosotros mismos, experiencia peligrosa, para la cual faltan aparatos precisos y hace falta una brújula no conocida aún.

En la tentativa audacísima de separarse de la naturaleza, los poetas de la última hora tratan de expresarse a sí mismos. No quieren representar el mundo de afuera sino su vida interior, con la incoherencia natural de su existencia emotiva. Quieren realizar en la poesía el esfuerzo maravilloso de Joyce en la composición del "Ulysses". El esfuerzo es legítimo y la tendencia podría justificarse con razones de estética. Pero importa observar que Joyce no parece tener empeño en separarse de la naturaleza, sino al contrario en seguirla minuciosamente reproduciendo con escrupulosa verdad, en todo su rigor natural, no su propia vida sino la vida espiritual de sus personajes. La incoherencia de los monólogos en Joyce es natural, tan natural como las funciones fisiológicas de sus personajes descritas con el mismo rigor de detalle que las alternativas del pensamiento, una función como las otras.

Pero el poeta moderno quiere expresarse a sí mismo, esquivando en cierta manera la observación de la naturaleza. El empeño es vano; porque la inteligencia y la sensibilidad del poeta moderno, por más sutiles y exaltadas que lleguen a serlo, siempre caen dentro de la naturaleza. En rigor ese empeño carece de fundamento filosófico. Nuestras ideas todas nacen de la observación. Expresarse, por tanto, es representar por medio de palabras, de colores, sonidos y líneas las sensaciones recibidas del mun-



Antonio Llanos

Cabeza de Jesús María Espinosa

do circunstante y las nociones que de ellas se derivan; es describir las combinaciones innumerables formadas por tales nociones en nuestra conciencia. No podemos hacer meditaciones y discurrir mentalmente sino basándonos en las nociones que hemos derivado de la observación propia o ajena. El mundo, las cosas exteriores, pueden tener existencia real o dejar de tenerla. Acaso según dijo bellamente Hegel, no sea el mundo otra cosa que "la estatua de la inteligencia". Pero en la formación de nuestras sensaciones e ideas procedemos como si el mundo exterior fuera una cosa de existencia real. Todavía es plausible la hipótesis de que si el mundo real no existe nosotros lo creamos para que sirva de apoyo en la formación de las sensaciones, los conceptos y las emociones.

Es imposible salir de la naturaleza.

En el "Cuento de Invierno" dice la encantada y encantadora Pérdita: "He oído afirmar como hay un arte que en su variedad fascinadora emula a la fecunda naturaleza". A lo cual observa el rey Polixenes: "Digamos que le hay. Sin embargo, no es posible acrecentar la naturaleza o embellecerla sino usando de los medios que ella misma procura. Ese arte que tú dices ser capaz de aumentar la naturaleza es un arte de la propia naturaleza". En poco nos ocupan los nuevos poetas si pretenden escapar a las sollicitaciones del espectáculo vital, al poder obicuo y vigilante de la naturaleza. Nada es más natural en el hombre que verter sus propias sensaciones en palabras. Dijo Leopardi que el hablar de sí mismo es señal de ca-

rácter ingenuo y bondadoso. Pero es descabellada e imposible la empresa de hablar de sí mismos eliminando la naturaleza porque nosotros también somos naturaleza. Tanto vale mirar un jardín como observarse introspectivamente; no hay diferencia sino en la belleza de los dos espectáculos.

Este libro de versos vivamente imaginados y traídos al mundo de las letras con arte vigoroso por una personalidad de contornos reciamente definidos no cae dentro de los cánones o la falta de cánones en que desatan su inspiración los poetas de la hora presente en todas las latitudes y en todos los tonos de la lira. Para expresarse, los cultivadores de la poesía más reciente han abandonado todo procedimiento sencillo y mecánico. El ritmo de las medidas clásicas antiguas o los acentos del verso en las lenguas modernas han sido reemplazados por vagas ondas de extensión y medidas más amplias y difusas. Sus pensamientos se expresan en formas desusadas, en ritmos rotos voluntariamente, no sin la compañía de aliteraciones intencionadas y sugestivas. Los románticos franceses se atrevieron en su tiempo, como si fuera grande osadía, a desarticular su noble alejandrino; los simbolistas formaron nuevas combinaciones en busca de medidas que sugiriesen más de lo que palabras solas pueden comunicar a la mente humana. Los recién llegados invaden los dominios de la prosa descoyuntando su ritmo, como han descompuesto el de la poesía, para hacer coincidir la frase con sus emociones inconexas, con su anhelo de verter el pensamiento en las formas desarticuladas, irregulares y vistosas como suele nacer y desenvolverse en la mente.

Llanos reacciona contra la tendencia revolucionaria del poeta moderno y ha escogido el soneto, la forma de mayor exigencia en la sana retórica para expresar las emociones, y darle curso a la idea poética. Su tono es alto, su inspiración magnífica. Sigue con rigor de prosélito las normas de esa composición, vaso cristalino en que han abrevado los más altos vates de las lenguas modernas. El espíritu, la capacidad emotiva de quien ha hecho este libro, se mantienen en la tensión máxima. La oscuridad y el silencio, los tonos crepusculares del alma y la naturaleza se representan aquí con eficacia y plasticidad inauditas. El silencio, la soledad, dos nociones que frecuentan esta rica fantasía con caracteres de arrobamiento y de éxtasis, adquieren para el lector cualidades tangibles. Se siente a veces pasar el silencio entre los bellos alejandrinos de esta serie de composiciones animadas por un hálito de inspiración juvenil y pujante.

Se "expresa" maravillosamente sin hacer expresionismo. Se "expresa" casi en

(Pasa a la página 90)

Dos instantes de la vida de Othón

Por JESÚS ZAVALA

= Colaboración.—México, D. F. =

Hay en los versos de juventud de Othón un poema que, al leerlo, no se puede prescindir de compararlo con otro, quizás el penúltimo de los que escribió: el delirante y patético **Idilio Salvaje**.

En el **Idilio salvaje** hállase cristalizada la desgarradora y postrera aventura de amor del poeta. Esa aventura que, por pudor y respeto a la esposa, él mismo encubrió atribuyéndola a un amigo y que, por no traicionar sus sentimientos, nadie ha osado referir hasta ahora. Tal vez Alfonso Toro, a quien Othón dedicó su poema, la narre algún día.

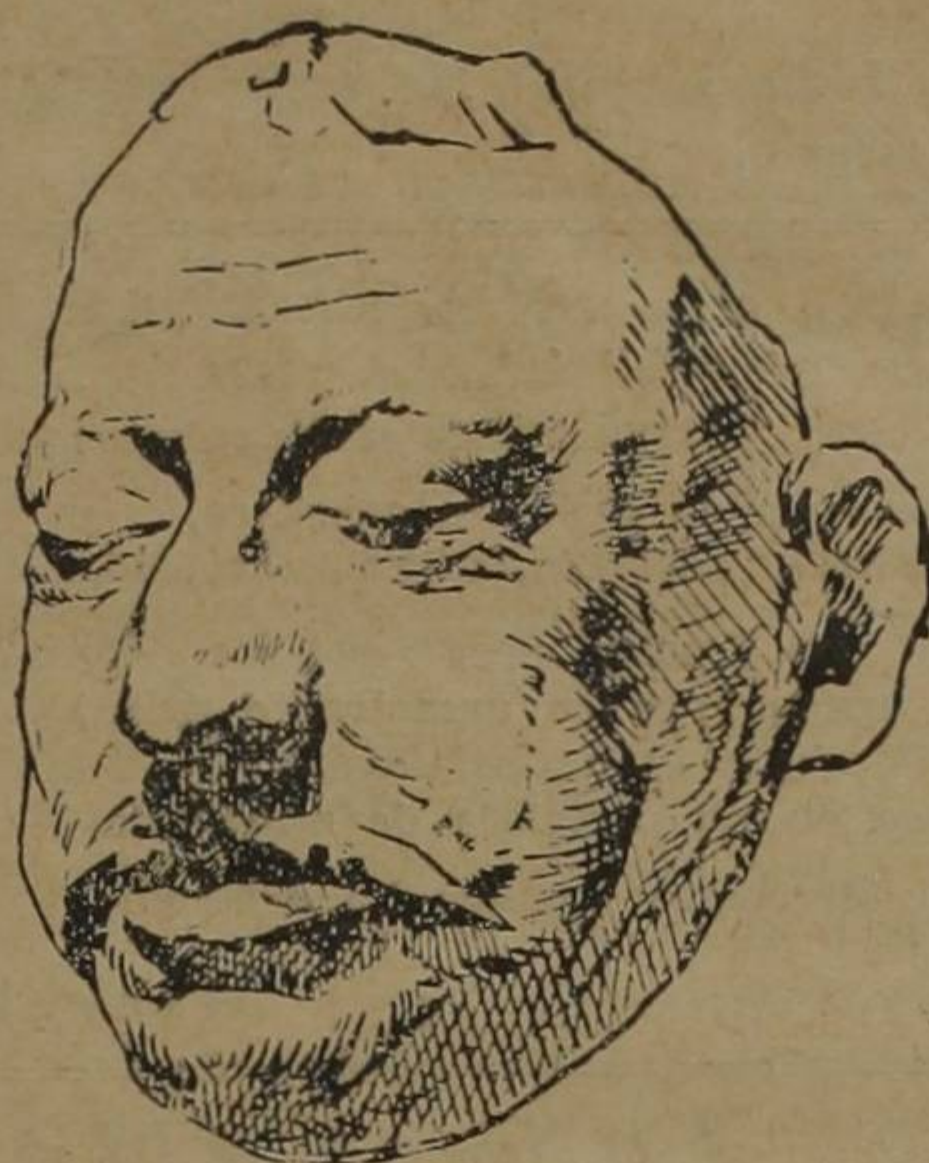
La composición juvenil a que se alude es el **Poema del recuerdo**. ¿Cuándo escribió Othón estos versos? De seguro con posterioridad a la aparición del primero de sus libros: **Poesías** (San Luis Potosí, 1880) y a la de sus poemas campamorinos en **La esmeralda**. En efecto, en ella asoma el poeta de los **Poemas rústicos** y, más aún, el del **Idilio salvaje**. Es verdad que ya en **Poesías** figura el primero de sus sonetos paganos, **Pulcherrima dea**, que retocado hállase incluido en los **Poemas Rústicos**; pero aquéllos no son característicos del cantor de la naturaleza. En el **Poema del recuerdo** encuéntranse estos versos:

y por el limpio espacio resonaba
el toque de oración, "Ave María",

que traen a la memoria estos otros
de **El himno de los bosques** que, por lo
que se ve, ya germinaba en el cerebro
y en el corazón del poeta:

del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡Salve, María!

Pero ¿cuál es la razón por la que no se puede prescindir de comparar el **Poema del recuerdo** con el **Idilio salvaje**? Hay en ambos tal similitud de ideas y de sentimientos y, si se quiere, hasta de palabras, que no es equivocando asegurar que el estado emocional del poeta, cuando los escribió, era análogo. Es indiscutible que entre uno y otro median por lo menos cinco lustros; que la técnica incipiente del primero, que es una silva breve, dista mucho de la perfecta de los sonetos del segundo. Pero ¿acaso la primera y romántica aventura de amor del poeta no pudo tener semejanza con la postrera? ¿Acaso la tumultuosa y volcánica pasión del hombre no pudo desflorar la cicatriz de la desgarradura juvenil? En ambos poemas el dolor clava sus dardos con fiereza, el amor agoniza delirante y el corazón sangra, presa de una infinita e inasequible sed de olvido.



Manuel José Othón
(Mascarilla mortuoria)

Idilio salvaje

= Envío de Jesús Zavala, México, D. F. =

A Alfonso Toro

A fuerza de pensar en tus historias
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento,
rancios recuerdos de pérdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro;
que me apropio, al narrar, algunas veces
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

I

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris...? Mira el paisaje
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

(Pasa a la página siguiente)

Obedeciendo a este estado anímico,
en el **Poema del recuerdo** canta:

Aunque para el dolor aun es temprano,
ya en su infinita lobreguez me pierdo
y lo resisto en vano.
Voy a emprender un viaje muy lejano
al país misterioso del recuerdo.

Atiéndeme: es la hora
en que otro tiempo, cuando Dios quería,
el alma que te adora
fantasmas de una dicha arrobadora
llenaban de ilusión y de alegría

¿Cuál llegan en tropel a mi memoria!
Consumí muchas vidas
en solo un episodio de esa historia
que ha dejado la ráfaga ilusoria
de las cosas ya idas.

Pasó... ¿No queda nada
en ti de aquellas castas ilusiones
con que probaste mi alma fatigada...?
¿Qué lobreguez envuelve tan helada
nuestros ya separados corazones!

En mí queda escondido
para siempre el dolor, y tu memoria
guardo en el corazón, como en un nido.
Fuiste mi adoración, fuiste mi gloria,
y no hay ausencia para mí, ni olvido.

Y pues ya desolado
queda mi amor y la esperanza pierdo,
quiero volver los ojos al pasado;
y déjame morir, dueño adorado,
en el país lejano del recuerdo!

"Pasó..." ¿No basta este vocablo para
evocar, sino todo el poema, a lo menos
el **Envío del Idilio salvaje**? ¿No podría
decirse que el **Poema del recuerdo**
es el **Envío** casi informe del postrer poema
pasional? Para cerciorarse de ello,
he aquí el **Envío** aludido:

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,
qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

Comparando el **Poema del recuerdo**
con el **Envío**, es preciso reconocer que
no sólo hay en ellos similitud de ideas,
de sentimientos y de palabras, sino tam-
bién de expresión.

En el **Poema del recuerdo** se leen estos versos:

"¡Qué lobreguez envuelve tan helada nuestros ya separados corazones!",

que inevitablemente recuerdan esos otros del quinto de los sonetos del **Idilio salvaje**:

"¡Qué enferma y dolorosa lontananza! y en nuestros desgarrados corazones el desierto, el desierto... y el desierto!"

¿Evocó Othón su primer y romántico episodio al escribir su patético y satánico **Idilio salvaje**? No, sería insensatez asegurarlo.

Idilio Salvaje...

(Viene de la página anterior)

al verberar tu ardiente cabellera, como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿qué me espera?... (ya apenas veo tu arrastrante falda) una deshojazón de primavera y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido

Asoladora atmósfera candente, do se incrustan las águilas serenas, como clavos que se hundan lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos que vienen sólo a interrumpir apenas el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso de sibilante brisa que asesina, irgues tu talla escultural y fina, como un relieve en el confín impreso.

El viento, entre los médanos opreso, canta cual una música divina, y finge, bajo la húmeda neblina, un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos, un dardo negro de pasión y enojos que en mi carne y mi espíritu se clava;

y, destacada contra el sol muriente, como un airón, flotando inmensamente, tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanada amarguísima y salobre, enjuta cuenca de océano muerto y, en la gris lontananza, como puerto, el peñasal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto aterrador lobreguez, y sobre tu piel, tostada por el sol, el cobre y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna, del peñasal bajo la enorme arruga, es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas en el torso viril que te subyuga, con una gran palpación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorosa lontananza! ¡Qué inexorable y hosca la llanura! Flota en todo el paisaje tal pavora, como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza... avanza, parece, con su trágica envoltura, el alma ingente, plena de amargura, de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos por la angustia de todas las pasiones, bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo, el sol ya muerto; y en nuestros desgarrados corazones el desierto, el desierto... y el desierto!

VI

¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera, por las planicies que el bochorno escalda,

mi corazón y todo en él expira, ¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aun te columbro, y ya olvidé tu frente; sólo, ¡ay! tu espalda miro, cual se mira lo que huye y se aleja eternamente.

ENVIO

En tus aras quemé mi último incienso y deshojé mis postrimeras rosas. Do se alzaban los templos de mis diosas, ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso, qué andar por entre ruinas y entre fosas! ¡A fuerza de pensar en tales cosas me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto deliquio? En ti ni la moral dolencia, ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo! ¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia, y qué horrible disgusto de mí mismo!

Manuel José Othón

En torno a "La Comarca de Dios"...

(Viene de la página 88)

forma extática, porque devuelve magnificadas y embellecidas, a veces en formas demasiado complicadas, las sensaciones que le impone a su organismo excesivamente sensible, el espectáculo de la naturaleza. En su inspiración llegan a cambiarse las impresiones recibidas del mundo exterior en un solo haz de emociones. No a la manera de los simbolistas que pretendieron darles color a las vocales o hacer poesías líricas con los diversos sabores, sino en consonancia con aquella sabia línea de Baudelaire:

Les parfums, les couleurs et les sons se répondent.

El autor de estos sonetos no ha puesto en ellos tan sólo la impresión de la naturaleza sobre el campo espacioso de su vida sensible. Raras veces describe minuciosamente, como Heredia, verbigracia, el orfebre de "Los Trofeos". Con ímpetu de alma apasionada refleja en el mundo visible las vicisitudes de su pensamiento, en frases de una ondulación amplísima, en que alternan la esperanza y el desengaño, la fe en el futuro incierto y la desolada contemplación del presente. Su fisonomía espiritual aparece enmarcada en el paisaje exterior. Sonetos hay que recuerdan aquellas sacras imágenes de los pintores italianos en los albores del Renacimiento, donde a espaldas de la figura humana, por el vacío de la ventana abierta, se alcanza a ver el paisaje como un marco ideal pa-

ra realzar el carácter místico del retrato y para lograr los efectos de luz necesarios en la distribución armoniosa de los colores.

El paisaje de Llanos es ante todo espiritual y pensado. Se ensombrece con su alma y con ella recibe por instantes iluminaciones de origen remoto y como anteriores a la vida misma. Sus actitudes recuerdan a veces al místico fatigado de la existencia terrena y por momentos dejan ver la fisonomía del artista enamorado de la vida en todas sus manifestaciones. En verdad los místicos solían ser apasionados cultores de la sensación inmediata; tenían abiertos sus sentidos a las intensas impresiones de vida y arte. En tal disposición lograban elevarse a la contemplación de lo eterno. Fray Luis de León traducía subrepticamente el Cántico de los Cánticos para una devota amiga y Santa Teresa recibía en éxtasis los efluvios de lo alto sin abandonar la sartén asida por el mango. No es concebible la grande exaltación espiritual, condición primera y esencial del misticismo, sin una capacidad emotiva que arranque de sentidos refinados y eminentemente impresionables.

Sin apartarse de las sendas ordinarias de la vida, Llanos, trabajador infatigable, asume, en tensión máxima, las actitudes del místico sin llegar a los extremos de la delincuencia. Ve la vida, sobre todo la vida espiritual, por una lente convexa y expresa sus emociones con instrumento de bronce. Su libro es una orquesta en que los metales se sobreponen espléndidamente a las remotas sonoridades de la flauta y a las quejas débiles e insistentes del violín implorante. Canta y sueña a un mismo tiempo. Por la forma sus versos tienen la voluptuosidad de los sueños matinales y por el contenido parecen exclamaciones de una alma fascinada y atormentada a un tiempo mismo por la vida que pasa.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

Estampas

De un itinerario calculado y de mal agüero

Nuestra Isla del Coco en ese itinerario

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración =

El óvalo que forma el mapa del itinerario político seguido por el segundo Presidente Roosevelt dentro de temible y seguro barco de guerra es como la demarcación de una zona de influencia que el imperialismo yanqui necesita hacer visible de esta era del "buen vecino" en adelante. Partió el imperial Presidente de Annapolis, seminario de milicias instruidas para posesionarse en cualquier momento de pueblos panamericanizados. Pronto estuvieron a su alcance las "posesiones" del imperialismo en aguas del Caribe. Haití, Puerto Rico, Islas Vírgenes entretuvieron la curiosidad del protegido visitante. El acorazado ancló en cada puerto y dió así salida al funcionario de mayor jerarquía del imperio hacia la tierra firme dominada con ignominia y baldón. El espíritu del hombre libre sufre con el entronizamiento de estos atropellos. Y no cae en el engaño miserable de creer inspirados en normas de liberación los viajes de los grandes pilares de la dominación yanqui. Cálculos esencialmente de naturaleza política sueltan a los funcionarios para que recorran estas geografías sitiadas y vencidas por la multitud de agencias imperializantes. Inventan nuevos tratos y les dan nombres pomposos. Y dicen siempre que el interés de los Estados Unidos es la relación con estos pueblos a base de amistad y de buen entendimiento. El segundo Presidente Roosevelt con sus relaciones de "buen vecino" quiere sorprendernos aparatosamente. Encontró que era inadecuado el escenario interior y salió a dar vistosidad a la escena. Buscó bajo los cañones del acorazado refugio para su persona imponente. La escena es de fuerza, de humillación, de miedo para los pueblos metidos dentro del óvalo presagiador.

Aunque los de juicio superficial y acomodaticio den a la salida de Annapolis del segundo Roosevelt un sentido anti-imperialista y la celebren como promesa que augura cambios beneficiosos, el que aspire a ser luchador infatigable contra el imperialismo debe acentuar su vigilancia y revelar los fariseísmos de la nueva táctica. A Haití llega el señor Roosevelt cuando las milicias yanquis van a abandonar el suelo ocupado durante veinte años. Es la primera escala del viaje presidencial. En Cabo Haitiano lo recibe el gobernante de la "posesión" y con él pasea, sonriendo a todos los transeuntes como para hacerles sentir cuan prometedor es su política del "buen vecino". El haitiano que ha sufrido tantos años de vasallaje no ha debido creer en el gesto democrático del señor Roosevelt. Es cierto que antes de emprender su viaje en buque de guerra adelantó la noticia del

retiro definitivo de las milicias. Pero no está allí hoy el centro de todas las iniquidades del imperialismo yanqui. ¿Qué hicieron esas milicias instruidas quizá en el seminario de Annapolis? ¿Qué hicieron hace veinte años cuando la rapacidad imperialista las lanzó contra el haitiano? La ocupación que realizaron las armó de poder destructor. No podían extender dominio dejando intacto al pueblo ocupado. Encontraron con que no podían posesionarse de la tierra porque una ley previsoramente la había declarado fuera de la posesión del extranjero. Y extranjero era en Haití el yanqui que había mandado la avanzada militar a prepararle el campo. Ese yanqui necesitado de la tierra para establecer su organización dominante usó las milicias contra la legislación que defendía previsoramente la tierra para el haitiano. Y las milicias tumbaron la Constitución y abrieron la brecha que puso en manos del extranjero, que en este caso fué el yanqui, la tierra haitiana. El segundo Roosevelt pasea ufano por las calles de Cabo Haitiano y promete la desocupación militar. Pero no resuelve el problema inmenso que es para el haitiano su tierra enajenada, cercada, explotada por el imperialismo yanqui. Allí está una compañía voraz, de poder ilimitado, la "Haitian-American Sugar Company" dueña del monopolio del azúcar, que es dueña de inmensas extensiones de suelo, del mejor suelo laborable. Cuando el haitiano se libertó del imperialismo colonial francés y decretó la prohibición para el extranjero de ser dueño de tierras, defendió con esa prohibición los secretos de una industria azucarera y licorera de grandes rendimientos económicos. Defendió también una agricultura avanzada que producía la mejor caña en suelos irrigados mediante ingeniosos y extensos acueductos. Pues una vez que las milicias, a sangre y fuego, hicieron tiras la legislación defensiva de

la tierra, llegó la organización yanqui poderosa, llegó la "Haitian-American Sugar Company" y se adueñó, como parte del plan de conquista imperialista, de todos los suelos y de todas las industrias constituyendo el más horrible latifundio en una superficie territorial reducidísima. El haitiano es vasallo del yanqui. Vive esclavizado a la "Haitian-American Sugar Company" dueña en sus posesiones de veinte millas de ferrocarril que atraviesan veinticinco mil acres de cañaveral floreciente. Hablamos aquí del trabajador haitiano, del peón, que es el más degrañado y el más sumido en la miseria. Sólo esta compañía tiene en vasallaje diez mil haitianos.

Después queda la demás agricultura en poder toda del yanqui. Para el haitiano no hay reserva decorosa. Es siervo infeliz por su descendencia africana y por su condición de colono yanqui. La obra de la ocupación ejercida sin interrupción durante veinte años es obra de empobrecimiento del haitiano. Los que hacen el panegírico del imperialismo ponen en su balance grandes acciones civilizadoras. Hablan de la obra de saneamiento admirable realizada por la ingeniería yanqui. Hablan del fomento de esa misma ingeniería que ha construido mil millas de carretera para automóvil. Hablan de lo moderno de Puerto Príncipe con sus edificios, sus calles, su muelle insuperable. Quieren hacernos ver en la obra de muerte del imperialismo la salvación de Haití. Lo que de valor haya construido el yanqui es para provecho exclusivo del yanqui. Haití es factoría y cuanto mejora exista hasta hoy es mejora para afianzar el imperialismo.

No deja el yanqui imperialista su obra de veinte años de funesta ocupación expuesta a ningún azar. Va a retirar las milicias pero también confía a milicias organizadas por él la defensa de las conquistadas. También Haití tiene su constabularia. La forman dos mil soldados haitianos jefeados por yanquis de graduación militar crecida. Han sido instruídos al estilo yanqui y el uniforme y los modales son de las milicias yanquis. Cuando el segundo Roosevelt haya sacado el último soldado esta constabularia

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

ria hará la obra de las milicias. Cosa funesta. Veamos a Nicaragua con la misma banda maldita. El imperialismo tiene en ella el amparador más sombrío y eficaz.

En Haití tiene ocasión el señor Roosevelt de mostrarse y de sonreír. Pero en Puerto Rico llueve torrencialmente cuando llega el imperial funcionario. Toma las carreteras hacia el interior del país en donde agonizan bajo la opresión imperialista poblaciones urbanas y rurales. No fué, es cierto, a sentir la agonía de esas poblaciones. Pero es tan grande que por todos lados se precipita y hasta al automóvil del segundo Roosevelt llegó acusadora y condenatoria: El jíbaro ha perdido también allí la tierra y es el yanqui el dueño de ella. La agricultura entera es del yanqui. Las industrias son del yanqui. Para eso ocupó Puerto Rico el yanqui imperialista. En esta visita imperial a pesar de la lluvia puede entender el funcionario yanqui que el puertorriqueño no cree en su mentida política del "buen vecino". No ha llegado a decir como dijo en Haití que las milicias estaban listas para volver a los Estados Unidos en viaje definitivo. Puerto Rico tiene todavía zonas inconquistadas. No es aún tiempo para la hazaña generosa, para la hazaña inspirada en las relaciones de "buena vecindad". Ya podrá Puerto Rico anunciar un día la desocupación, la limpieza de su Gobierno del mando imperialista yanqui. Por ahora que se conforme con la visita honrosísima del señor procónsul y que siga el Gobernador yanqui mandando, esclavizando al puertorriqueño. Ya no tiene tierras ni industrias. Pero "es posesión", es factoría yanqui y la visita imperial no la ha olvidado.

El ángulo del óvalo imperial queda en aguas del Caribe prendido en las Islas Vírgenes. La planta presidencial pisa tierra firme y vuelve a la paz de los cañones del barco de guerra. Pronto es huésped de Colombia y como va trazando el mapa de un itinerario político hace breve la pasada y salta a Panamá. Ya tiene cinco uniones de valor. Ahora prueba aguas del Pacífico. El rumbo es hacia la Isla del Coco. Atrae al señor Roosevelt la Isla costarricense, o de Costa Rica. Lo atrae tanto que hace escala un día y una noche. Y pesca y recorre sus ensenadas y caza. De los Estados Unidos se apresuran inmediatamente a difundir la noticia y entonces cuentan que en la Isla del Coco el corsario Benito enterró cien millones de dólares en 1818. Y cuentan también que esta Isla ha sido considerada por los técnicos yanquis como una posible base naval a causa de su posición estratégica para la defensa del Canal de Panamá.

De suerte que la visita del señor Roosevelt a la Isla del Coco no fué de simple curiosidad de turista. En la línea marcada por el óvalo había un punto que debía tener unión fuerte en nuestra Isla del Coco. Lo unió el segundo Presidente Roosevelt como remate cal-

culado de sus instrucciones imperialistas.

Muchas millas sobre el Pacífico quedaron señalando el itinerario imperialista con su última unión en Hawai. Al dar cuenta (el señor Roosevelt de su viaje dirá a los otros sostenedores del imperio que el óvalo fué perfectamente trazado para advertencia futura. La zona es de importancia. A cuidarla ferocemente para que ningún otro poder la invada.

La política del "buen vecino" tiene sentido imperialista nada más. No es el segundo Roosevelt hombre para abatir las conquistas del imperio. Ha inventado un nuevo son con que mantenernos en la modorra propicia a la conquista. Veamos la realidad de cada pueblo avasa-

llado. Enterémonos de lo que es Haití después de veinte años de ocupación militar abominable. No creamos en el valor del retiro de las milicias. Se van éstas, pero dejan un pueblo agobiado, indefenso, miserable, esclavizado, sin poderes para recuperarse. Y lo atan a guardia hechura de las mismas milicias. Enterémonos de lo que es Puerto Rico bajo la ocupación de las mismas milicias. Este gran pueblo no puede defenderse, porque está empobrecido y en agonía. El yanqui no se va de allí y tampoco la política del "buen vecino" alcanza hasta el puertorriqueño. La realidad es espantosa. Sólo los acomodaticios creen en el fariseísmo rooseveliano.

Costa Rica y agosto de 1934.

La guerra no ha cesado aún

Por ALFREDO KERR

— De La Nación. Buenos Aires. — Envío de E.E. —

1

Tal vez se crea que este título es erróneo, que debería decir: "La guerra no ha comenzado aún".

No se trata, empero, de un error. (Aunque, felizmente, sea también cierta la frase: "La guerra no ha comenzado aún").

De cualquier modo, lo que hoy sucede no es "otra vez la guerra", sino "aun y siempre la guerra".

2

Porque, como es sabido, una guerra no se hace solamente con bombas, gases asfixiantes y bacilos. Se hace también por medios que actúan sobre los espíritus, los perturban y les infieren daño. Una guerra de este género es la que actualmente padecemos: la continuación subterránea de la guerra de 1914.

Lo que sigue permite verificarlo así:

Primero: en no pocos países se emplean procedimientos de guerra contra los ciudadanos, se les trata como a siervos. Así ha ido sucesivamente ocurriendo en diversos estados europeos desde la conclusión de la paz. Se ape-
la en ellos a no escasas astucias de gue-

rra con fines de propaganda, y se echa mano, en parte, de los mismos embustes. Se hace de esta suerte agresiva a la población; se atribuyen crímenes al adversario, lo mismo que durante la guerra. Grupos humanos enteros son calumniados y presentados como culpables y odiosos, lo mismo que durante la guerra. Se tiende con ello a lograr una cierta unificación. (Un objetivo común, un odio común).

3

Segundo: lo mismo que durante la guerra, los preceptos morales guardan silencio (o murmuran, por todo). Unos mercaderes perpetúan ese estado de cosas inmoral en la paz sedicente: en el terreno de los negocios.

Las figuras tales como la de Kreuger no son concebibles más que en la perturbación de la moral y de la economía consecutiva a la guerra. Porque durante la guerra, el valor de la conducta honorable cede el puesto al valor del provecho a toda costa. Porque engañar al enemigo no es considerado en modo alguno como deshonesto.

El pirata Stavisky es tan sólo un ni-

ño junto al germano nórdico Kreuger. Y desde el punto de vista de los números, va muy a la zaga de los hermanos Lauser, del Partido Nacional-Socialista alemán de Bremen, que han realizado estafas por valor de mil doscientos millones de francos franceses. Los dos hermanos están en la cárcel, y Stavisky y Kreuger en el otro mundo. Lo cual redundará en perjuicio de estos últimos porque allá no pueden ser amnistiados.

4

¿Cuál es el tercer punto que prueba la continuación oculta de la guerra mundial?

El desorden espiritual es sistemáticamente explotado en época de guerra, y luego, en la paz, sigue haciendo de las suyas durante un cierto tiempo. Tendencias místicas, visiones hiperestésicas de cerebros desorganizados... lo mismo que durante la guerra. Leyendas atávicas. Cuentos primitivos de nodrizas. Una religión ardiente y piadosa... lo mismo que durante la guerra.

Cuando Roma guerreaba con el mundo entero hace dos mil años, hasta el pueblo espiritualista de Israel era recorrido por los sicarios (sicarii), unos fanáticos armados de puñales que daban muerte a todo el que no pensaba como ellos. Roma (fría y calculadora, por su parte) creó entonces esta atmósfera: el sombrío romanticismo de la violencia. Que no era, en definitiva, más que la consecuencia del estado de guerra prolongado en Europa.

5

Cuarta prueba: el hecho de que la guerra mundial prosigue hoy subterráneamente se advierte sobre todo en los vaivenes de la política internacional. La guerra lo subvertió todo. Los trillones de átomos continúan volando. (¿Cuándo se posarán?)

Este cuarto punto resulta algo cómico. Esos cambios rápidos, incesantes, de las relaciones entre los pueblos (o, mejor dicho, entre los gobiernos). Esas nuevas reagrupaciones. Esos bruscos saltos de la noche a la mañana. Esa política de la inestabilidad, del impulso, de las improvisaciones. Esa conducta sin un principio firme, en plena arbitrariedad. El presidente espiritual de nuestra época es el canciller sueco Oxenstiern, que hace unos doscientos años escribía a su hijo esta frase célebre: "Nexcio, mi fili, quantilla sapientia mundes regetur". "Tú no sabes, hijo mío, cuán poca sabiduría gobierna al mundo".

Nosotros sí lo sabemos.

6

Sí; con frecuencia, el espectáculo resulta ameno. En un dos por tres, el odio mortal de dos países conviértese en amistad profunda. Se adoptan las maneras indiscretas de un afecto inten-

so. (Se ordena a un pueblo: "A partir de tal día del mes, se acabaron los odios"). No más tarde que la víspera, llovían de país a país las ofensas torpes, las graves injurias. De repente, es como si no hubiera sucedido nada.

Eso me recuerda a los jugadores de "poker" de los cafés de Viena. Uno de ellos grita: "¿Es usted un bandido, un pillo, un granuja, un canalla". Y el otro contesta "¿Es que vamos a charlar, o seguimos jugando?"

Y siguen jugando.

7

La época actual es rica en pactos de no agresión. Hay en ello motivo de albricias. Pero una circunstancia fatal empaña el júbilo: entre dos países que acaban de concertar un pacto de no agresión se comprueba la existencia de un espionaje militar recíproco... Un idilio. (Dos caballeros juran no herirse uno a otro en un torneo, pero uno de ellos mira a ver dónde tiene la armadura del otro una rendija).

¿El espionaje del brazo del pacto de no agresión? En el fondo, no hay apenas fraude, porque cada una de las partes sigue desconfiando de la otra tanto como antes. "L'esperienza genera sospetto", reza el proverbio italiano. La experiencia engendra recelo. El recelo frente a la otra parte contratante del pacto de no agresión se basa, a la verdad, en la experiencia.

(Es inútil agregar que hay también pactos serios de no agresión).

INDICE



OTROS LIBROS

Edgar Wallace: <i>El Ladrón Nocturno</i>	1.75
Froylán Turcios: <i>Páginas de Ayer</i>	3.00
Froylán Turcios: <i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	5.00
Fernando Tönnies: <i>Tomás Hobbes</i>	5.00
N. Tokunaga: <i>La Calle sin Sol</i>	4.00
Ernesto Toller: <i>Hinkemann. Los destructores de Máquinas</i>	3.00
Humberto Tejera: <i>Cultores y Forjadores de México</i> . Pasta.....	1.50
Eugenio Noel: <i>Taurobolios y Verdades Contrastadas—Hombres e ideas de América y de España</i>	4.00
José María de Otaola y Richter: <i>Aborto y su tratamiento</i>	6.00
Carlos H. Pareja: <i>Las Obligaciones en Derecho Civil Colombiano</i>	3.00
Magdaleine Paz: <i>Hermano Negro</i>	3.25
F. Panferof: <i>Bruski</i>	3.50
Emilia Pardo Bazan: <i>Sud-Expres</i> (Cuentos)	4.00
Ladislao Reymont: <i>El Vampiro</i> . PASTA..	3.50
M. N. Roy: <i>Revolución y contrarrevolución en China</i>	10.00
Juan José Morato: <i>Pablo Iglesias, Educador de Muchedumbres</i>	3.50
Salvador de Maradiaga: <i>La Jirafa Sagrada</i>	3.00
Antonio Mediz Bolio: <i>El Libro de Chilam Balam de Chumayel</i>	5.00
Ernesto Morales: <i>Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI</i> .	4.00
W. Moog: <i>Hegel y la Escuela Hegeliana</i> .	8.50
F. Mehring: <i>Carlos Marx</i> . (Historia de su vida.).....	15.00
Max Nettlau: <i>Eliseo Reclus</i> (La vida de un sabio justo y rebelde). 2 tomos.....	5.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

8

¿La experiencia engendra recelo? Hasta el inocente proverbio carece de aplicación muy a menudo. El hombre sencillo, lógico, se dice: "Si Fulano es un "as" en el arte de romper los contratos, ¿voy a tratar con él? No, evidentemente".

Y, sin embargo, se firman hoy contratos con individuos de quienes se sabe que rompen, por principio, los acuerdos. Sudermann pone en boca de un terrateniente de Prusia Oriental las palabras siguientes: "Yo establezco un distinguo fundamental entre la pequeña palabra de honor y la grande. La pequeña, la cumplo a veces, pero la grande, nunca". ¿Habrá algún corredor de cereales que suscriba un contrato de entrega bajo palabra de honor, pensando en no cumplirla? De seguro que no. Verdad que el corredor de cereales no es un hombre político, felizmente para él. (Y para su familia). Oxenstiern no habló jamás contra los corredores de cereales.

9

Período inexplicable. Sólo explicable por la prosecución disfrazada y confusa de la guerra. Por la inmensa precipitación que sigue registrándose. Todo continúa disyuntado, "out of joint", como gritaba Hamlet, pero mucho más aun que lo que aquel modesto provinciano sospechaba.

La humanidad se asemeja en la paz a un bebedor desintoxicado que en cuanto ingiere alcohol otra vez (en la guerra) no renuncia a él tan fácilmente y sigue estando mucho tiempo mareado, "saoul, tipsy". Solamente así puede comprenderse una gran parte de la política actual.

Y de estas dos cosas depende la suerte de los pueblos...

10

Si el canciller Oxenstiern, más honorable que, y compatriota de Kreuger, viese aún, no escribiría sólo a su hijo su famosa frase. La haría difundir en el universo por medio de todas las estaciones de radiotelefonía, a título de advertencia sincera.

Haría comprender a la humanidad que la guerra no termina... al terminar. Y agregaría, tal vez, este voto: Marchad con paso redoblado y sin piedad contra quienes meditan turbar la paz.

11

Ha llegado el momento de hacer algo por la memoria de Oxenstiern. Lo que cabe exigir no es una canonización (que ello sería blasfemo), sino una estatua.

Falta saber ahora dónde habría que erigirla.

¿En Ginebra, quizá?

AGUAFUERTE

La toma de posesión

Por JOSE PIJOAN

= De El Sol. Madrid. =

El archipámpano ya ha tomado posesión. Ayer era don Fulano y hasta Fulanito. Hoy es archipámpano. Pero lo importante es que tomó posesión. No el nombramiento ni el servicio que va a desempeñar, que será poco, sino "que tomó posesión", porque desde "que tomó posesión", ya corre el sueldo. Esto de correr el sueldo da una idea de fluir sin dificultad, regularmente. Será un hilito—lo más probable es que sea un caudal abundante—; pero lo esencial es que corre. Los sueldos no se ganan; corren y corren desde el día en que se ha tomado posesión. El archipámpano devenga sueldo—esto de devengar es también grande—no por méritos ni por servicios, sino porque, ¡caramba!, "se ha tomado posesión".

Una vez tomada posesión y el sueldo corriendo, el archipámpano recibe las felicitaciones de los parientes, y hasta él se considera muy digno del archipámpano que por su historia política se ha conquistado. Por la noche, después de la toma de posesión, cuando se desnuda y se encuentra tan Don Fulano o tan Fulanito como era antes, tiene unos momentos de coloquio con su conciencia y decide hacerlo bien, porque él no es un paniaguado.

Al día siguiente descubre que es necesario enterarse, que el archipámpano no es una broma, que requiere aplicación, que "hay una de líos que espantan"; pero poco a poco va comprendiendo que puede salir del paso adoptando un tono de profunda seriedad, como si estuviera acongojado por el peso de los graves problemas que tendrá que resolver. Se dice a sí mismo, entre alegre y triste: "¡Durará poco!" A veces le disgusta la comedia; pero en su fuero interno le compensa el que haya tomado posesión y el sueldo vaya corriendo.

Se podría escribir un capítulo sobre la distinción entre archipámpano y el paniaguado. Ambos, teniendo de común que no saben nada de lo que se traen entre manos ni desean saberlo. Pero, además de la diferencia del sueldo, que para el paniaguado es mucho menor, el verdadero archipámpano tiene momentos de lucidez y casi desearía volver a ser Don Fulano. El otro día, por casualidad, leí una carta de un archipámpano español que está por esos mundos haciendo de embajador. Se lamentaba del destierro, y como buen archipámpano, no dejaba de decir que estaba absorbido por importantes asuntos, que hasta preparaba un Tratado de comercio—¡pobre comercio!—; pero que, en fin, esperaba que muy pronto podría reintegrarse "a su trabajo". Cuando leí esto de "su trabajo" me sonrojé. Hacer

Tratados comerciales, defender los intereses de la nación en un gran país extranjero, ayudar a sus connacionales cuando pasen por allí, no es trabajo; es uno de los "tantos líos que espantan" que trae consigo la jerarquía del archipámpano. Un paniaguado nunca habla así. Dice que lo pasa tan bien, y si no fuera porque allí es difícil procurarse chorizo de la sierra, estaría al pelo.

Archipámpanos y paniaguados los hay por todo el mundo; pero aquí son una verdadera obsesión. Se nota que sus cerebros cuentan los minutos en que va fluyendo el sueldo. Corre, corre, con una regularidad tan inacostumbrada para algunos de ellos, que llega a preocuparles. Don Fulano, antes de ser archipámpano, era escritor con un empleo de cuarta clase, el que no ha abandonado, naturalmente. Tiene licencia, o lo que sea, y mientras él funciona de archipámpano hay un paniaguado que hace de suplente y es empleado de cuarta interino. Este, automáticamente, vuelve a la oscuridad cuando, por una combinación política, el archipámpano tiene que dar posesión a otro y el sueldo ya no devenga a su bolsillo. Entonces acude con ferocidad canibalesca al pobre paniaguado, que se creía que aquello iba a durar todavía dos o tres meses más, y le destituye o le desposee. Sin perder un minuto, el ex-archipámpano toma otra vez posesión de su antiguo cargo para que, aun reducido a un Don Fulano, corra el sueldo del hilito primero que empezó a devengar. Me contaron de un archipámpano de esos recientes que había sido profesor. Cesó de su archipámpanato al principiar el verano, se tiró sobre su suplente desposeyéndole en aquellos meses en que no hay clase, y en septiembre tomó posesión de otra satrapía o archipámpanato, y el suplente "tuvo que explicar"—no enseñar, explicar—con vacaciones del sueldo que devengó con lentera legalidad durante los meses de julio a octubre el archipámpano reintegrado a su cátedra.

Se me ha escapado la palabra "satrapía", y casi me da vergüenza de haber

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneoud, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

usado este término de los antiguos persas. Un "sátrapa" es lo más diferente que se pueda imaginar de un archipámpano o un paniaguado. Un "sátrapa" tenía poder absoluto; pero lo usaba con conocimiento y poniendo toda la atención de un digno gobernante. Los persas decían que la educación consistía en tres cosas: montar a caballo, tirar el arco y decir la verdad. Un archipámpano no monta a caballo; para tirar el arco tiene la cuerda floja, y en cuanto a decir la verdad, ni por pienso. Un archipámpano recibe siempre bien, y muy untuosamente declara que se enterará, que tendrá aquel asunto muy presente y hasta invitará para otra visita, dentro de ocho días; pero a ésta ya sabe que él no va a acudir. Es el secretario, generalmente un paniaguado, quien dirá que el archipámpano está abstraído con "esos asuntos de actualidad"—siempre hay asuntos de actualidad—que embeben toda la atención de larchipámpano.

Los casos de archipámpanatismo y paniaguadismo agudo no son privativos de este régimen; pero los archipámpanos de ahora tienen un rastacuerismo de los nuevos ricos. Antes, los archipámpanos (yo conocí muchos hace veinte años en la capital de España) eran finos y les sentaban bien el penacho y el traje de papagayo. Contestaban las cartas y tenían unos papeles ya impresos que se llamaban "besalamanos" y "saludas", con los que quedaba enterado el pobre ciudadano de que el archipámpano se había "impuesto". Pero los archipámpanos modernos no malgastan en estas cortesías. Hace ocho meses traté de ver a un archipámpano para ofrecerle sin gasto ni presupuesto alguno, no un servicio, que esto podía escamar, sino un objeto de arte español en el extranjero. Pedí una cita por carta. El archipámpano me contestó por carta que fuera un día fijo y a hora fija, a las nueve, al archipámpanato. Llegué a las nueve, como siempre hago, provisto de recado de escribir, "por si acaso". Me senté en el pupitre del ordenanza y escribí seis cartas. A las once y media salió el secretario, un perfecto paniaguado, y me dijo que el archipámpano el día antes se había ido de Madrid. Lamenté que no me hubiera avisado; me ofrecí para volver al archipámpanato o ir al domicilio conyugal del archipámpano, o "al café", donde fuera, para tratar del asunto. No recibí excusa, ni "saludas", ni "besalamos", ni carta proponiéndome otra entrevista, etc., etc., etc...



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

La novela mexicana

“La Virgen de los Cristeros”

= Colaboración =

Buenos Aires, julio 1934.

Sr. don Fernando Robles.

Mi estimado amigo: A pesar de las múltiples tareas que absorben todo mi tiempo, he saboreado, ansiosamente, su novela “La Virgen de los Cristeros”. El fervoroso interés que me suscitan los problemas de esa abnegada y heroica tierra suya, que en esencia son tan semejantes a los nuestros, y el poder evocador de sus palabras, que me han hecho revivir momentos inolvidables y gratas impresiones de mi visita a su patria, han trocado la lectura, en viaje imaginativo a través de los tipos y paisajes de aquel pueblo atormentado y maravilloso, y a través de nuestra raza toda; porque al relatar usted, en su novela, episodios y fases característicos de la revolución de su país, ha historiado Ud. un capítulo simbólico de la tragedia que afronta, al presente, nuestra raza. Desde el pueblo mexicano, que es el extremo de la cadena americana, pasando por las Antillas, hasta el solar ibérico, toda la raza se encuentra estremecida por una convulsión, más o menos latente o explícita, que remueve, sin piedad, las entrañas de nuestro pasado, y va a transformar la faz de nuestro destino. Trágicos y decisivos son los momentos que viven nuestros países; pero no son ellos solos. Una profunda revolución se está operando en el mundo, cuyos resultados van a decidir el porvenir de la raza blanca. El Oriente se despierta; abandona lentamente su sueño milenario; se apodera de la técnica y el saber occidentales y se prepara a lanzar sobre nosotros como avalanchas humanas, las centenas de millones de almas que lo pueblan para disputarnos el dominio de los destinos futuros de la tierra. Pero, ¿se dan cuenta de ello nuestros países occidentales? ¿Tienen acaso conciencia, sus clases gobernantes, del inminente peligro que nos acecha? ¿No se preparan, por lo contrario, a destrozarse entre sí de nuevo, como en el año 14, y como lo están haciendo ya dos países de los nuestros, que, aun estando casi despoblados, se aniquilan para disputarse otro pedazo de tierra que les servirá de sepultura?

Es inútil y nocivo que nos empeñemos en desconocer las perspectivas sombrías y la magnitud de los acontecimientos que nos amenazan. El optimismo beatífico que nos permita seguir alimentando nuestras rencillas domésticas no haría más que agravar nuestra situación y entregarnos inermes y desunidos al furor de los ciclones que van a desatarse.

Esa es la falla fundamental del protagonista de su obra, y por eso es ló-

gica e inevitable su derrota final. Aunque está animado, su héroe, de un ideal superior y constructivo, el desconocer la realidad y la intensidad de la tragedia en que se debate su país, esteriliza sus fuerzas y lo incapacita para obrar.

La doctrina que sostiene Ud. en su libro, es la sana y la única fecunda: cooperación en la libertad, unión para la justicia; mas, no es posible aplicarla en un círculo pequeño, ni quizá están preparados, todavía, para recibirla, los pueblos que sólo piensan en luchas y antagonismos. Necesitan despertar a ideales superiores; concebir ambiciones constructivas y superadoras de la nación y la raza; adquirir la conciencia del instante porque atraviesa hoy el mundo y comprender la unidad ineludible de nuestro destino e intereses.

Ardua y penosa tarea que nosotros debemos realizar en pocos años, si no queremos caer bajo el yugo de fuerzas superiores a las cuales no podemos dominar.

A promover entre el pueblo esa conciencia va dirigido su libro; y considero, por ello, que su novela es de significación continental. Con ligeras variantes en los motivos y el desarrollo del proceso revolucionario, cada uno de

nuestros pueblos podría verse en esa obra como en un espejo; y aprovechar la lección, si puede, en cabeza ajena para evitar fratricidios disolventes y emprender el camino constructivo. Creo, por lo mismo, que su novela debe ser leída y meditada por gobernantes y pueblo, en todos los países de nuestra raza. La amarga lección que encierra, y las severas verdades que contiene servirán para advertirnos y para desentumecernos, mostrándonos la catástrofe final a que conducen los odios que abrigamos, y los efectos disolutivos de las pasiones que nos devoran.

Es doblemente atractiva la enseñanza de su libro, por la elevada finalidad que lo ha inspirado y la naturalidad y belleza con que está escrito. Ha forjado Ud. un poema verídico y espontáneo, de trama histórica y popular, cuya intensa dramaticidad resalta sobre un fondo cautivante de poesía y de nobleza.

La grandeza moral que se desprende del ambiente que Ud. evoca hace que a pesar de la tragedia con que finaliza, no deje en el espíritu un sedimento de amargura y derrota; sino que suene, por el contrario, como una canción de gesta, esperanzadora, de los futuros destinos de nuestras razas, en la que brotan, de nuevo, epopeyas redentoras que engendrarán una vida más libre y más integral.

Le abraza y le felicita cordialmente,

Alfredo L. Palacios

Acerca de Chirico...

(Viene de la página siguiente)

“Dos hechos dominan el arte plástico de hoy día: Picasso significa, si no el advenimiento del espíritu oriental (Picasso es una inteligencia tan activa que la contemplación no le paralizaría el vuelo), al menos la disgregación del orden greco-latino; y Chirico representa a la Europa occidental que cobra conciencia de su decrepitud y que, replegada sobre sí misma, establece el balance de su pasado glorioso. Sus seres olímpicos, que no son sino maniqués deificados, o modelos en yeso animados de una vida superterrestre, tienen los brazos cargados de emblemas heteróclitos de una civilización cuyas ruinas evocan ciertos viejos accesorios sacados de un bric-à-brac o del fondo de una bodega.

“A este pintor nada lo engaña: Ni la perspectiva, ni la anatomía, ni las leyes de la composición. La perspectiva, que es ciencia exacta, se vuelve en sus manos expresión de magia formal. Uccello estaba loco de perspectiva. Pero, mientras que apasionada sed de conocimiento guiaba en sus investigaciones al pintor de la Batalla de San Egidio, los móviles de Giorgio de Chirico me parecen distintos. Chirico parece hipnotizarse frente a problemas precisos de los que extrae el valor poético. Sus alucinaciones tienen el aspecto sibilino y glacial de teoremas insolubles. En vano se intenta descubrir en su obra el impulso espontáneo. Su nostalgia es intelectual. Pertenece a esa raza de pensadores, gemelos de los matemáticos que crean nuevo el mundo haciendo líneas sobre líneas de números. Leonardo y Durerro, alquimistas de la forma, Allan Poe, Mallarmé,

alquimistas de la palabra, son de esa raza que digo. Su tragedia consiste en percibir los límites de la ciencia racional y su propia impotencia para horadar el misterio por medio de la adivinación.

“La angustia de una época que les ha dado muerte a sus mitos, sin haber hallado la piedra filosofal; toda la soledad atroz que acaba de reducir a la nada lo que se tenía por cierto en física, se halla en la obra de Chirico.

“El drama de un Van Gogh, de un Soutine, de un Roualt, posee valor síquico individual. El drama de Giorgio de Chirico es de porte más elevado. El holandés, el ruso y el francés se confiesan delante de Dios. Cada uno de sus cuadros es plegaria al cielo, o inmólación. Chirico es ateo. Es como puede serlo sólo un hombre del Sur.

“Sus obras son especulaciones sobre temas que escrutaron un día los humanistas y que jamás después le han dejado al hombre un instante de tregua. Chirico no tiene la fe trascendental de un imaginero gótico. Pertenece a la historia moderna, cuyo punto de partida es el Renacimiento. Para nosotros representa el espíritu crítico, que substituye poco a poco a los dogmas de una religión revelada.

“Chirico es quizás el punto culminante del arte occidental, y su último baluarte. Su lirismo cerebral tiene la apariencia de un sencillo jeu d'esprit; pero es, en realidad, una forma superior de expresión estética.

“El desarrollo de este pintor será el desarrollo de una civilización, de la que él nos ha entregado la quintesencia”.

París, 1928.

Del admirable ensayo sobre Chirico et les appels du Sud (1) en que Waldemar George ha logrado "determinar la contribución exacta" del gran pintor y "colocarlo en el sitio que le corresponde en su época", extractamos los siguientes párrafos:

"Cuando Giorgio de Chirico se presentó en Francia la primera vez, su obra suscitó impresión de sorpresa. Chirico era un aislado. Trabajaba al margen del arte contemporáneo, al que nada le debía. Era imposible establecer la filiación de su obra. No se relacionaba con ningún maitre del momento. Los críticos lo clasificaron entre los herederos de aquellos pintores italianos o alemanes del primer Renacimiento sobre quienes había obrado la influencia de los metafísicos, y hasta de los alquimistas. La palabra que se repetía sin cesar delante de las telas de Giorgio de Chirico era la de *étrangeté*. Chirico taumaturgo, Chirico, pintor loco de perspectiva, era la *bête noire* de los formalistas de toda categoría. A pesar de que Guillaume Apollinaire, que sabía ver, supo presentir a Chirico, en torno al pintor mágico se formó una leyenda que falseó el sentido verdadero de su obra. El público, fiándose de las apariencias, hizo suya la tesis de la crítica.

"Fue necesaria la guerra y el desentrañamiento de los valores estéticos realistas que de la guerra resultó fatalmente, para que los cuadros de Giorgio de Chirico asumiesen, ante la opinión, toda su importancia.

"Diez años después de haber creado una visión del mundo generadora de un arte y de una forma de expresión poética (Chirico, como lo fueron Miguel Angel y Dante, Gabriel, además de pintor es poeta), este nuevo italiano ha visto a su obra echar raíz, fructificar, madurar, dar origen a un estado de ánimo en pintura y en literatura: El Surrealismo le debe su existencia".

Recorre Waldemar George breve pero críticamente la pintura francesa moderna (David, Ingres, Géricault, Delacroix, Corot, Dautier, Courbet, Manet, Renoir, Cézanne, Van Gogh, Seurat, Matisse, Picasso, Léger), y dice:

"Este resumen de la pintura moderna tiene de a probar que el esfuerzo de los artistas no fija la atención después de un siglo más que sobre el exterior del cuadro, superficie plana recubierta de colores. El cuadro, imagen, del mundo visible, conquistó autonomía (*droit de cité*). El cuadro didáctico, el cuadro para ilustrar un tema (a sujet) desapareció poco a poco y cedió su lugar a la obra pintada cuya razón de ser son el ritmo de las líneas y el de los colores.

"El Cubismo, ese estilo jeroglífico, borra los vestigios del estilo ilustrativo que aun perduraban en la pintura francesa. Reconozcamos, por tanto, que el Cubismo, él también, se apegaba fuertemente (*est rivé*) al concepto de la pintura gratuita. Sólo Picasso se libró de ello a ratos y creó cuadros microcosmos. Pero, por nuevo que sea el sentido que Picasso da al vocabulario de la tribu, por arbitrarias que parezcan las dimensiones de sus formas, el pintor español no se aleja más que rara vez, si no de la visión lógica y controllable, al menos de la lógica del entendimiento. Los poemas en prosa

Acerca de Chirico

Por WALDEMAR GEORGE

= Traducción especial para *Repertorio Americano* =



Caballos asustados con el ruido de las olas

Por G. de Chirico (1916).

de Picasso, con sus extravagancias, con sus horizontes amplificados, no dejan de pertenecer a la morfología. Las formas y los colores cumplen en su obra función orgánica. La asociación normal de las ideas, símbolos e imágenes, guía a Pablo Picasso. Cuantos datos reúne, se siguen los unos de los otros. Por lírico que sea, el universo en el que evoluciona este artista, participa del dominio de la razón.

"Chirico rompe las últimas amarras que sujetan la pintura a la prosa. La contribución del arte contemporáneo reside en la facultad de reducir al estado de elementos de pintura los hechos tangibles y perceptibles. El esfuerzo de todo un siglo ha tendido a la elaboración de este idioma específico de la pintura, dentro de la cual la obra de Henri Matisse representa en nuestros días la expresión más pura y más acabada.

"Chirico se coloca en las antípodas de este modo de ver llamado moderno, que es visión puramente epidérmica y que no capta más que los datos materiales. Abandona el plano del arte considerado como tecnología, como transposición, o como transcripción de la realidad. No parece que los problemas técnicos que se han presentado al espíritu de los pintores de nuestros días, hayan sido abordados por Giorgio de Chirico. Las acepciones color, forma y objeto, no tienen para él el mismo sentido que para sus congéneres. En efecto, él yuxtapone hechos cuyo acercamiento directo no hay manera de que se justifique. Estos hechos se han descarriado de su función práctica: Han adquirido existencia enteramente nueva. Y es así cómo

la perspectiva lineal adquiere, para el ojo de Giorgio de Chirico, valor de miraje.

"El problema del arte contemporáneo no reside en la escogencia de un estilo, sino en la facultad de trascender el plano de la realidad (*d'épasser le stade de la réalité*). El estilo geométrico que viene del Cubismo no es adecuado para traducir estas cifras que son direcciones en líneas y colores de un estado de ánimo latente de la sensibilidad y de la inteligencia. Sus recursos se limitan estrictamente a la pintura mural. El estilo realista-dramático recurre al simbolismo de los temas, o al de la escritura manual. Pero Chirico crea su visión del mundo.

"Otros que él han dado forma fija a sus sueños, a sus pesadillas, a sus alucinaciones. Otros han querido hacerle decir a la pintura más de lo que ella puede expresar. Nadie como él ha hecho tabla rasa de los hábitos adquiridos. Nadie ha puesto en duda, como él, la validez del orden occidental, del orden racional sobre todo. Nadie tampoco ha opuesto, como él, el axioma de la entidad plástica y de la poesía pura de las formas y de los colores, un conjunto desordenado tan heterogéneo, de autómatas, de maniqués, y de espectros, disfrazados de héroes de tragedia antigua.

"La pintura es un círculo vicioso o encantado. Se ha visto cómo, en el siglo pasado los problemas estéticos absorbieron a varias generaciones de artistas y como se armaron debates en torno al objeto copia-de-la-naturaleza y al objeto simple-composición-cromática. A este debate Chirico le ha puesto fin, desplazando el centro de gravedad de la pintura moderna".

Análiza George los principales cuadros de Chirico, y prosigue así:

"Chirico ha comprendido que la primera materia de una obra de arte le es intrínseca y que, a riesgo de volverse obra manual, cuerpo sin alma o mera diversión, un cuadro debe ser visión del universo expresada de conformidad con una manera plástica. Los grandes pintores no pueden considerar su arte como fuente de goces visuales ni como búsqueda de agradables sensaciones de la retina. Aun no se ha llevado el olvido la requisitoria que pronunció Benedetto Croce en contra del arte hedonístico.

"La actividad de Giorgio de Chirico es, pues, una ideología formulada en términos propiamente artísticos. Si Chirico somete la pintura de hoy día a la dura prueba de la metafísica, si le da golpe mortal al dogma del arte por el arte, es que desea secretamente asegurarle sobrevivencia a un idioma de los dioses que se ha vuelto pasto de la plebe.

"Sois, le escribió Baudelaire a Edouard Manet, el primero en la decrepitud de vuestro arte. Yo quisiera dirigirle un mensaje análogo a Giorgio Chirico, el único gran pintor vivo en quien el genio de la tradición antigua recogido por el Renacimiento italiano, se ha podido encarnar. En pleno corazón del más bello fracaso que haya conocido el arte clásico después de la época de la migración de los pueblos, aparece Chirico, de ningún modo como el sobreviviente de una idea que ha dejado de ser, sino como el profeta, bueno o malo, de un cataclismo próximo.

(Pasa a la página anterior)

(1) *Edition des Chroniques des Jour*. Paris, 1928.